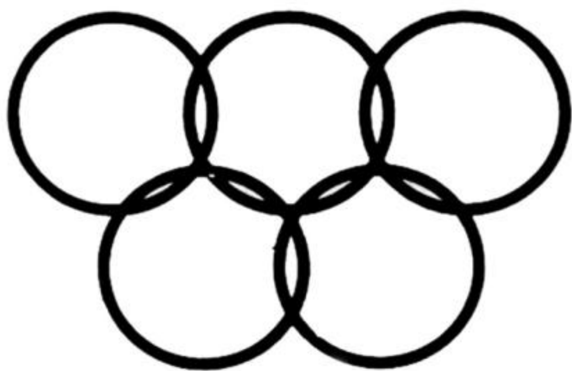


PANICO EN LA CANCHA

Adolf Quibus



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ADOLF QUIBUS

PANICO EN LA CANCHA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 37
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518 048 5
Depósito legal: B. 35.168-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre. 1982
2.ª edición en América: junio, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel maldito despertador, no dejaba de sonar. Mi cabeza estaba a punto de estallar.

—¡Ya voy! —exclamé como si el artefacto fuera capaz de oírme. Saqué la mano del interior de la cama y terminé con el maldito zumbido. Miré la hora, eran más de las dos. La noche anterior había bebido en exceso. No aguantaba tanto como antes.

«Te vas haciendo viejo, Mike», me dije a la par que me miraba en el espejo del cuarto de baño. Me afeité con lentitud para evitar cortarme, lo que solo conseguí a medias. Restañé la pequeña heridita y apliqué un poco de loción en todo el rostro.

Salí a la calle con una sensación de vacío en todo el cuerpo. Mi primera parada fue en el bar de Mitch. Estaba repleto de gente, como casi todos los días a esa misma hora.

—Buenas tardes, señor Harper —fue el propio Mitch el que me saludó con afabilidad—. Me acabo de levantar.

—¿Tiene apetito? —me preguntó a la vez que me guiñaba el ojo en un signo de mutua complicidad. Nos conocíamos desde hacía más de diez años, cuando yo era todavía jugador de baloncesto en activo. Ahora me dedicaba a escribir crónicas deportivas para el *Cronical*.

—Sí, creo que me comería una vaca entera.

—¿Un buen bistec y una ensalada?

—Sí, y un café bien cargado.

—Enseguida.

A pesar del gentío, Mitch me sirvió con una gran rapidez, era uno de los privilegios de nuestra vieja amistad.

Una vez terminado el monumental bistec me encontraba como nuevo. Poco a poco el bar fue desalojándose.

—Bueno, menos mal —dijo Mitch—, la marabunta ya pasó.

—No te puedes quejar.

—Desde luego que no, pero hay momentos que lo enviarías todo al infierno, no sé si me comprende.

—Te entiendo perfectamente, esa sensación la siento con

demasiada frecuencia —le dije convencido.

Muchas veces creía que mi vida había estado vacía del todo. El recuerdo de aquella maldita lesión que me había apartado de la práctica activa del deporte era un estigma que me perseguía con excesiva fuerza. A mis treinta y cinco años todavía escocía con excesiva fuerza.

—¿Quién ganará el partido de esta noche? —me preguntó.

—Eso creo que podrás leerlo mañana en mi crónica.

—Siempre las leo, ¿pero no podría avanzarme algo? —insistió.

—Será un partido muy duro, prácticamente se juegan el título, aunque las apuestas están cinco a uno a favor de los Tigres de Los Ángeles.

—Estoy seguro de que ganaremos, tenemos el mejor equipo.

—Hay que jugar el partido todavía, Mitch.

Yo era de su misma opinión, pero mi propia experiencia como jugador me aconsejaba la prudencia a la hora de emitir un pronóstico.

Los Tigres eran los favoritos, después de tres largos años acariciando el título. Habían conseguido reunir un conjunto extraordinario con el que tenían a su favor la suerte de llevar varias temporadas juntos, y esto les hacía, aparte de poseer muy buenas individualidades, ser un grupo sensacional. Si conseguían el triunfo esta noche, el campeonato no se les podía escapar, tan solo les restarían dos jornadas de puro trámite. Pero el partido aún había que jugarlo. Tendría que ir a ver a Tim Holmes, quería entrevistarlo antes del *match*. Me gustaba dar un aire humano a mis artículos. Ennoblecer ese bello deporte, tan solo manchado por algunos clanes sucios que merodeaban detrás de él.

Pagué mi comida y salí a la calle. Respiré profundamente. Estaba como nuevo, solo mi pierna izquierda notaba el cambio de estación, haciéndome cojear más de lo debido. La maldije una vez más. Ignoro cuántas veces lo hago desde aquel aciago día.

Llamé por teléfono a Holmes.

—Soy Mike Harper —le dije.

—Hola viejo, ¿qué tal?

—Quisiera hacerte una entrevista antes del encuentro.

—Sabes que no puedo negarte nada, viejo.

—¿Dentro de una hora? —preguntó.

—Te espero.

Conocía a Tim desde hacía mucho tiempo. Era un excelente jugador y una mejor persona, al igual que su esposa Rossie. «Los hay con suerte», pensé; luego decidí que el muchacho se lo merecía. Era uno de los mejores *pivots* que habían pisado las canchas norteamericanas.

Cogí mi coche del parking. Lo puse en marcha y salí al encuentro de mi entrevista. Cuando llegué noté a Tim algo nervioso.

—¿Te ocurre algo? —quise saber.

—Lo normal, viejo —me respondió dando a entender que era debido a la trascendencia del partido. Pero no era eso lo que yo noté, aunque no quise insistir sobre el asunto—. ¿Qué opinas del partido de hoy? —pregunté en un tono lo más profesional posible.

—¿De verdad quieres hacerme una entrevista?

—Claro, ya te lo dije.

—Pensaba que estabas bromeando. Tú ya sabes lo que pienso, es una pérdida de tiempo. Creía que se trataba de otra cosa.

—Sabes que siempre es para mí un placer verte.

—¿Quieres que te devuelva el cumplido, viejo zorro?

—No es necesario.

—Claro que si quieres preguntar de verdad, pues lo haces y en paz. ¿Quieres saber lo que opino del partido de esta noche?

—Naturalmente —le dije yo, cada vez más convencido de que algo le estaba sucediendo a Tim, pero dándome también cuenta de que fuera lo que fuese no pensaba contármelo bajo ningún concepto. Tal vez le afectara la responsabilidad. ¿Por qué no?

—Vamos a dejar la piel en la cancha y espero que ganaremos, eso es al menos lo que opina nuestra afición.

—¿Y tú no? —quise saber.

Se removió molesto por la pregunta.

—¿Insinúas que no quiero ganar? —su tono subió de volumen.

—Yo no insinúo nada, Tim.

—Pues eso es lo que parece que se desprende de tus palabras, y no te respondo de otra forma gracias a nuestra vieja amistad y…

—Ya que soy un lisiado —dije yo con brusquedad—, no te reprimas, estás deseando soltarlo.

Se derrumbó. Sus dos manos fueron hacia su rostro en un

intento de sostenerlas. Tan solo pudo balbucear:

—Lo siento, Mike; lo siento.

En aquel momento sentí una gran ternura y compasión por él, mi irritación súbita había desaparecido con la misma increíble rapidez con que se había hecho presente.

—¿Qué es lo que te pasa, Tim? —intenté indagar por enésima vez.

—Estoy muy nervioso, eso es todo —dijo recobrándose poco a poco de su mini crisis.

—Puedes contármelo, te hará bien.

—Ya te he dicho que no tiene importancia. Además, te garantizo que vamos a ganar, puedes apostar por nosotros.

—Eso ya lo vengo haciendo desde hace tiempo.

—Así te va —bromeó, volviendo a dominar completamente la situación—. Creo que viniste aquí para una entrevista, ¿no es cierto?

—Así me gano la vida.

—¿Pues a qué esperas?

No hubo forma de sonsacarle nada. Me limité a las simples preguntas de rigor. Tim había tenido razón, para aquello no hacía falta que nos hubiéramos visto. Nos conocíamos lo suficiente. Yo mismo podía haber contestado por él.

Y no era eso lo que yo pretendía.

CAPÍTULO II

Aquello era un auténtico hervidero. Todo el mundo esperaba el comienzo del partido con inusitado interés. Previniendo la aglomeración había llegado con tiempo suficiente, cosa por otra parte no demasiado frecuente en mí. A mi lado se encontraba sentado Bruce Nolan, compañero en las tareas informativas. Dada la trascendencia del encuentro, nuestro periódico había decidido movilizar todos sus efectivos. Bruce era un joven impulsivo al que gustaban las noticias sensacionalistas. Estaba bajo mi tutela, para que le fuese aplacando un poco, según Alan Sinder, nuestro redactor jefe.

—Mike, esto está que quema.

—Es lógico, se juegan mucho ambos equipos. Es el trabajo de todo el año y, si me apuras, el de varios años.

—¿Cómo te fue con Tim? —me preguntó Bruce.

—No lo sé —le respondí con toda sinceridad, ya que aquello era lo que opinaba tras mi charla con él.

—¿Te burlas?

—No, Bruce.

—Si no te explicas mejor...

—Ya te lo diré en otro momento, ahora el partido es nuestro objetivo. Para eso nos pagan.

—Está bien —refunfuñó Bruce, al que no le satisfizo nada mi respuesta o, mejor dicho, la no respuesta.

—Ahí están —dijo Bruce.

Los dos equipos acababan de salir a la cancha. Sus respectivos hinchas, que no habían dejado ni un momento de cantar y gritar, arreciaron en sus vítores ahora que sus ídolos estaban delante suyo. Miré a los repletos graderíos y no pude observar nada anormal, alguna que otra discusión, propia de un partido de tanta trascendencia, pero nada más.

—Tengo ganas de que empiecen ya —me dijo Bruce, que estaba francamente interesado por el partido, demasiado incluso para ser un juez imparcial. Esa era al menos mi opinión, pero, aunque

reconocía que la imparcialidad era muy difícil, yo mismo había dejado de serlo muchas veces.

—Pon el cronómetro en marcha —le dije a Bruce como señal de que aquello había comenzado.

Avanzó el equipo de los Tigres y Tim, tras levantarse en suspensión desde la media distancia, anotó los dos primeros puntos. Aquello parecía venirse abajo. Los Treng empataron en el sucesivo ataque, y los empates y distanciamientos de tan solo dos puntos comenzaron a sucederse. Los marcajes al hombre eran implacables. Ambos entrenadores sabían lo que se jugaban y no había duda de que habían aleccionado perfectamente a sus jugadores. La lucha bajo tableros era salvaje. No había tregua. Aquello más bien parecía una batalla que un partido de baloncesto. Tim fue por los suelos de nuevo, tras conseguir otra canasta. Le estaban sometiendo a un marcaje boca a boca, sin dejarle respirar, pero aun así se escapaba lo justo para anotar. Ya llevaba cinco canastas, ahora los Tigres iban delante en el marcador con cuatro puntos. Aquello sí que era la locura.

—Ahora se despegan —me dijo Bruce, que se estaba comiendo las uñas desde hacía un buen rato.

—No lo veo tan claro —le dije yo, y como si me hubieran estado escuchando, en dos rápidos contraataques, los Treng, que además robaron dos preciosos balones, igualaron el marcador de nuevo.

—¿Qué te decía? —le indiqué a Bruce.

—Gafe, que eres un maldito gafe —casi me gritó. Estaba a punto de subirse por las paredes. Era un chico demasiado impulsivo.

Al término de la primera parte el marcador arrojaba un cuarenta treinta y ocho a favor del equipo local, los Tigres de Los Ángeles. Era sin duda un tanteo corto, debido a que las defensas habían sido muy duras y habían podido casi siempre a los ataques.

—¿Qué opinas? —me preguntó Bruce.

—Ha sido una lucha brutal bajo tableros. Tim está jugando muy bien. Creo que de su capacidad en esta segunda parte depende bastante lo que pueda hacer su equipo.

—Querrás decir nuestro equipo —me corrigió Bruce, cuyas uñas ya no existían.

—Estamos como informadores, no podemos tener colores —quise hacerle entender yo.

—Mike, eso se lo cuentas a otro, a mí no me vale. ¿Tomamos una copa? —me preguntó.

—Bueno —respondí.

Nos levantamos de nuestros asientos y salimos al bar. Estaba lleno de gente. Todo el mundo parecía querer refrescar sus gaznates.

—¿Qué quieres? —me preguntó mi compañero, que era un águila que se colaba entre la gente con una rarísima habilidad.

—Una cerveza —le respondí.

—Enseguida.

Desapareció de una forma harto misteriosa, pero no habían transcurrido ni tan siquiera dos minutos, cuando volvió a hacerse visible desde el otro ángulo.

—¡Mike, aquí!

Llevaba dos latas de cerveza. Me acerqué a él.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunté, aunque sabía de antemano la respuesta.

—Habilidad, prestidigitación y...

—Un poco de cara —continué yo.

—Justamente, y ahora volvamos a nuestros asientos.

Volvimos a sentarnos cuando ya estaban los jugadores de nuevo en la pista. Bebimos las cervezas.

—A seguir sufriendo —dijo Bruce, que se bebió su cerveza entera casi de un solo trago.

—No sé cómo te las vas a arreglar sin uñas —bromeé.

—Calla.

El partido había comenzado. Balón para Tim, que se levantó y esquivó el acoso de McLelan y dos nuevos puntos para los Tigres. Lanzaron los rivales de fondo, fue el base botando el balón, se cruzó Nicol y robó la pelota, que lanzó larga para Tim, se levantó y dos nuevos puntos.

—Aúpa, nos vamos —gritó alegre Bruce.

Y así parecía, los Tigres habían salido a por todas y estaban arrollando a sus rivales de una forma contundente. Había sido un empuje de fulgurante rapidez, presión sobre el equipo contrario y acierto, sobre todo por parte de Tim, que estaba machacando el área contraria.

Otro balón robado por los Tigres que llegó a Tim, se levantó y

dos puntos más.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Bruce.

—No sé… algo le pasa a Tim —respondí yo, y, en efecto, así lo parecía.

Tras lanzar la pelota al aro contrario, Tim cayó al suelo como fulminado.

—Le deben haber dado fuerte.

—Me extraña, Bruce; estaba solo… Voy a ver qué ha sido.

—Te acompaño, Mike.

—No, tú debes seguir viendo el partido.

—Pero… —protestó Bruce.

—Es una orden.

Salí rápidamente de allí, no sabía qué había sucedido, pero la verdad es que no era normal. Habían retirado a Tim y ya lo estarían atendiendo en vestuarios. Me costó bastante apartar a toda la gente agolpada allí. Cuando pude llegar al vestuario, un policía me impidió la entrada.

—No puede pasar.

—Soy Mike Harper, del *Cronical*.

—Lo siento, señor Harper, tengo orden de no dejar pasar a nadie.

No hubo forma humana de hacerle desistir.

Se pobló de informadores, que también querían saber el alcance de la lesión de Tim y si podría salir en el transcurso de aquella segunda parte.

Tim no volvería a salir nunca más a una cancha de baloncesto, porque… ¡estaba muerto!

CAPÍTULO III

—¿Asesinado?

—Sí, Mike, y lo siento, sé la amistad que te unía a él —me dijo el sargento Kirc, al que me unía una vieja amistad de mis tiempos de jugador.

—¿Estás seguro? —pregunté insistiendo, pues aquella revelación había supuesto un duro mazazo para mí.

—La autopsia no ofrece dudas, alguien le lanzó un pequeño dardo que contenía un veneno fulminante, la muerte sobrevino en segundos.

—¿Quién pudo hacerlo?

—Ese es el problema, había cientos de personas que seguramente tuvieron la oportunidad. En un partido así, dudo que nadie prestara atención a una acción de ese tipo.

—¿Entonces, por qué?

—Cuando lo sepamos, tal vez encontremos quién, pero no será fácil.

Claro que no sería fácil, no hacía falta que me lo dijera. Tim era una extraordinaria persona, se me hacía muy difícil encontrarle un enemigo. La imagen de Rossie, su mujer, se me presentó de una forma repentina. No la había visto todavía. ¿No había tenido valor? Seguramente esa había sido la verdadera razón.

—¿Cómo está Rossie? —le pregunté.

—Muy extraña —me respondió Kirc preocupado de forma visible—. No soltó ni una sola lágrima, se quedó como si lo sucedido no fuera con ella.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—Que tiene que explotar por algún lado, a veces eso suele suceder y es conveniente que cuando la reacción se produzca no esté sola.

—¿Está en casa?

—Sí, y no nos ha costado demasiado convencerla.

—¿Te tiene preocupado? —le pregunté a sabiendas de que su respuesta iba a ser afirmativa.

Kirc era un entusiasta del baloncesto y conocía bastante bien a Tim. En realidad, todos los que habíamos tenido el honor de conocerlo, nos sentíamos deprimidos. Nos lo habían quitado.

—Voy a verla —dije, aunque sabía que eso me iba a producir un intenso dolor—, aunque preferiría no hacerlo.

—Sé lo que sientes, Mike; y te prometo que haremos lo posible por encontrar al culpable. Esto no quedará así.

—Lo sé, no te esfuerces.

Subí en el coche, mi mente bullía de una forma febril. ¿Por qué? Esa pregunta me comenzaba a martillear el cerebro. Resultaba del todo absurdo. Tal vez se tratase de un lamentable error, pero si era así, ¿a quién iba dirigido aquello en realidad? Preguntas y más preguntas por las que no encontraba respuesta; además, mi mente en aquellos momentos estaba como perdida, embotada por la consternación, la rabia y el dolor, unido todo ello a una sensación de impotencia.

Puse la llave en el contacto y arranqué. Conducía como un verdadero autómata hacia aquel lugar.

Rossie me abrió la puerta.

—¿Eres tú, Mike? Pasa.

Observé sus ojos, no había vertido ni una sola lágrima. Pero en su cara podía vislumbrarse el dolor que la embargaba. Aun así seguía estando hermosa, con esa belleza serena que siempre la había acompañado en los momentos más difíciles. Siempre había envidiado a Tim, ya que poseía las dos cosas que yo no tendría jamás: el baloncesto activo y Rossie.

—Tú lo viste, ¿cómo pasó? —esta fue su primera pregunta tan solo nos habíamos sentado en la sala de estar. No había nadie más en la casa.

—Casi no me di cuenta, fue instantáneo.

—Es posible que entre tanta gente nadie se diera cuenta de nada.

—Todos estaban pendiente del partido.

—Mike, él estaba jugando ese partido.

—Sí, lo sé.

Me desarmaba su entereza.

—Debía haber hecho caso de las cartas —dijo como si estuviese hablando ella sola.

—¿A qué cartas te refieres? —le pregunté.

—Unas amenazándole.

—¿Anónimas?

—Claro, o es que crees que esa gentuza es capaz de hacer algo dando la cara.

—¿Se lo has dicho a la policía? —quise saber.

—Ni se me ocurrió; ¿piensas que puede ser interesante?

—Todo puede serlo en un caso como este.

—¿Quieres verlas? —me preguntó con ese mismo aire de lejanía.

Ella tenía su cuerpo ahí, a mi lado, pero su mente estaba muy lejos, de eso no tenía yo la menor duda. Me preocupaba mucho lo que se estaba cociendo en aquella cabecita de cabellos dorados.

—Desde luego —dije.

Se levantó a buscarlas, dejándome solo durante unos instantes. Así que le habían amenazado. Tal vez eso explicaba el estado de nerviosismo en que se encontraba Tim antes del partido, lo extraño es que no me dijese nada si es que en realidad le preocupaban los anónimos recibidos. Si él se los había tomado a risa, ¿cómo era que le habían afectado tanto? No podía dejar de hacerme conjeturas, en ellas estaba cuando volvió Rossie con los anónimos.

—Estos son.

Los conté, había más de diez.

—¿Cuándo llegó el primero? —pregunté.

—Hará cosa de un mes.

—¿Y cómo lo tomó Tim?

—Se pasó más de cinco minutos riendo sin parar.

—¿Y los otros?

—Fueron llegando matemáticamente uno cada tres días.

—¿Cuándo comenzó a inquietarse?

—¿Cómo sabes que se inquietó? —preguntó mirándome con los ojos desorbitados, como si no fuese normal mi pregunta.

—Estuve con él antes del partido y lo noté muy nervioso, estuvo de lo más grosero conmigo. Sabes que eso no es normal, y menos tratándose de mí.

—¿Te dijo algo? —quiso saber.

—Nada en absoluto —me di cuenta de que no quería hablar de ello y no insistí—; me arrepiento de no haberlo hecho, tal vez ahora estuviese vivo.

—No te atormentes, Mike; tú no podías saberlo. Yo al principio confieso que me asusté, pero al final pensé que se trataba nada más que de una broma para ponerlo nervioso y evitar que jugase bien, solo eso.

—Por lo visto no querían que volviese a jugar.

—¿Crees que le mataron por eso?

—No lo sé, Rossie; no lo sé. Pero te aseguro que estoy dispuesto a averiguarlo cueste lo que cueste.

—Por lo que me dijo el sargento Kirc eso será difícil incluso para ellos.

—Olvidas que, como periodista, tengo mejores contactos que la propia policía.

Sí, estaba dispuesto a vengarlo. Fuese quien fuese y por el motivo que fuera, debía pagar por ello. Por primera vez desde que recibió la noticia de la muerte de Tim, Rossie comenzó a sollozar.

—Mike, ¿por qué? ¿Por qué?

—No lo sé, Rossie.

Lloró desconsolada apoyada en mi hombro. Por fin había estallado. Se me partía el alma, y aunque había presumido de hombre duro, no pude evitar que se me humedecieron los ojos, pero era de rabia y de impotencia.

CAPÍTULO IV

Encontré a Lloyd en el bar de Simón, como siempre; estaba apoyado en la barra al lado de un vaso vacío. Lloyd era un corredor de apuestas ilegales, que me había dado algunas buenas informaciones.

—Hola, Mike —me saludó—; ¿cómo tú por aquí?

—Una botella de *whisky* —pedí al camarero—, y dos vasos.

—¿Quieres emborracharte? —me preguntó.

—Sí, y no me gusta beber solo —le respondí haciéndole a la vez una invitación que sabía que no iba a desaprovechar.

—Yo siempre estoy dispuesto para acompañar a los amigos.

—Su botella, señor.

La pagué y cogí los dos vasos. Me encaminé hacia la mesa del rincón.

Lloyd vino tras de mí. Escancié *whisky* en los dos vasos y le alargué uno.

—Siento lo de Tim —me dijo.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo ser? —le pregunté a bocajarro. Casi se atragantó.

—Mike, yo no me trato con asesinos de esa especie —se había puesto nervioso. Intenté calmarle.

—Lo sé, pero podías haber oído algo.

—Nada, Tim era admirado y querido por todo el mundo, eso lo sabes tú tan bien como yo.

—¿Quieres ganarte cien dólares? —le lancé al rostro de sopetón, sabiendo que ese era un lenguaje que entendería enseguida.

—¿A quién tengo que matar? —bromeó tranquilizándose un poco, aunque yo sabía que estaba fingiendo.

—Solo quiero que husmees un poco por ahí.

—¿Qué quieres saber?

—A quién ha beneficiado que los Tigres hayan perdido el campeonato.

—Todavía quedan partidos.

—Sin Tim sabes muy bien que no tienen posibilidades.

—¿Crees de verdad que lo han matado por eso? —preguntó con una mirada impenetrable propia de un consumado jugador de póquer. Lloyd lo era.

—Estoy casi seguro —mentí, la verdad es que estaba dando palos de ciego con la esperanza de acertar.

—No sé.

Me levanté y le aproximé la botella.

—Ahora tengo que irme.

—¿Y el trato?

—Cuando me des la información.

—Podrías adelantarme algo para los gastos, esto sin blanca.

Le tiré un billete de cincuenta dólares.

—Volveré mañana, muévete rápido —le miré fijamente, con dureza. Él sabía lo que aquella mirada significaba.

—Descuida.

—Cuidado con el *whisky*, borracho no me sirves de nada.

—La haré durar por la cuenta que me trae; Charly se encargará de guardármela, soy un buen cliente.

—No lo dudo.

Al salir de allí, me fui directamente a la redacción y le pedí unos días a mi jefe. Luego me dirigí a Bruce Nolan.

—Puedes hacer la crónica, Bruce.

—¿Sin que te la revise?

—Puedes hacerlo tú mismo.

—Mike, sé lo que apreciabas a Tim, pero tú eres un profesional...

—No sigas —le interrumpí—, pienso darle al jefe el reportaje del año, le voy a servir el asesino en bandeja de plata.

—¿Sabes algo? —se interesó vivamente en cuanto dejo de pensar en el ser humano que había muerto y olió noticia de primera página.

—El jefe, me ha dado una semana y, después tendrá toda la historia por escrito. Sin faltar ni un punto ni una coma.

Al salir, llamé por teléfono al sargento Kirc; cuando me lo dijo no podía creerlo.

—¿No te equivocas?

—No, Mike; trabaja en El Gayo Rojo —me quedé sin poder responderle.

—Mike, ¿qué te pasa? ¿Sigues ahí?

Colgué el auricular, no tenía ganas de contestar. Tim tenía una amiguita. Por otra parte, Kirc no mentiría en una cosa así, me había dicho que se llamaba Liss. Decidí hablar con ella, aunque me molestaba hurgar en la vida de un ser desaparecido. Tenía que llegar hasta el final costase lo que costase. Tal vez no iba a gustarme lo que hallaría en el fondo del saco. Vacilé durante unos instantes, luego cogí el coche y puse rumbo a El Gayo Rojo.

—¿La señorita Liss? —le pregunté al *barman* de aquella larga barra desde la que podía verse un inmundo escenario, si es que aquello podía recibir aquel nombre.

—¿Quién es usted? —preguntó mirándome de arriba abajo. Por su postura noté que se había puesto en guardia.

—Mike Harper.

—Como si me dijera misa, no le entiendo.

Saqué un billete de cincuenta pavos y lo puse sobre el mostrador.

—Whisky —dije—, puede quedarse con la vuelta.

—Eso es otra cosa, señor…

—Puedes llamarme Mike —le tuteé. Era el único lenguaje que entendía aquella gentuza.

—De acuerdo, Mike; la gatita cantará dentro de una hora, puedes volver o esperarla, pero consigue que tus intenciones sean honorables, no me gustaría ver tu cara estropeada.

—Ni a mí tampoco, la esperaré. ¿Y ese *whisky*?

—Enseguida, sediento; tienes mucho tiempo.

Se alejó de mí y se fue al otro extremo de la barra. Comentó algo con un gigantón enorme, que debía ser el matón de la casa. Hablaban de mí, no había duda y no trataron de disimularlo, pues me miraron descaradamente mientras gesticulaban. Al cabo de un rato volvió con mi *whisky*. Cogí el vaso y lo sopesé entre mis manos.

—Puedes beberlo, Mike; no está envenenado —me dijo en tono socarrón.

—Lo supongo, pero no me gusta beber un *whisky* sin ver la marca.

—Pues no hay otro.

—Me devuelves entonces los cincuenta dólares.

—No sé de qué me hablas —se hizo el tonto.

—No me gusta que me tomen el pelo —insistí rabioso—, ni que

me roben.

—Ni a mí que me llamen ladrón.

—Solo te he llamado lo que eres.

Durante la conversación, que iba subiendo de tono, el matón se había acercado a nosotros.

—¿Qué pasa?

—Nada que pueda importarte —le dije.

—Todo lo que pasa aquí me importa —dijo, mientras me cogía del hombro.

—¡No me gusta que me pongas las manos sucias encima, grandullón! —le dije cada vez más irritado.

—Me ha llamado ladrón —bramó el camarero.

—¿Le has llamado eso, pequeño?

—Sí, porque lo es.

—Eso está mal.

—He dicho que no me pongas tus sucias manos encima.

Al tiempo que lo decía, solté mi izquierda al plexo solar, fue un golpe rápido y seco que le hizo soltarme, le lancé un mazazo al rostro con la derecha que le envió contra una de las mesas de la sala. Todo fue con una enorme rapidez. Cuando fui a girarme hacia el camarero en mi mente se hizo la noche, alguien me acababa de golpear en la cabeza. Luego, nada; después, nadie.

CAPÍTULO V

La brisa de la noche me azotaba la cara cuando recuperé el sentido, estaba tirado al lado de unos cubos de basura en un callejón de no sabía dónde. Me dolía la cabeza. Me pasé la mano y pude comprobar que tenía un hermoso y pronunciado chichón. Empecé a recordar: El Gayo Rojo. Todo iba volviendo a mi mente poco a poco, hasta el momento en que la noche se apoderó de mí con brazo firme. Apestaba a *whisky*, aquellos malditos me habían empapado las ropas con él. Un borracho vagabundo al que meterían en chirona si la policía lo encontraba. Busqué en mis bolsillos y encontré a faltar la cartera con mi documentación. No tenía un solo centavo. Me incorporé vacilante, la pierna me dolía casi más que la cabeza, aunque no estaba muy seguro. Unas ganas enormes de volver allí y darles su merecido me invadió por todo el cuerpo, pero la cordura se impuso, si perdía los nervios no conseguiría nada, y eso era lo que había hecho. Salí del callejón y pude orientarme. Cogí un taxi y fui a mi apartamento, hice esperar al conductor, que me miraba desde el primer momento con desconfianza, y saqué dinero para pagarle la carrera.

—Tenga, quédese con la vuelta.

—Muchas gracias, confieso que no lo creí.

—Entonces, ¿por qué me trajo hasta aquí? —le pregunté.

—La noche era muy aburrida —me respondió guiñándome un ojo.

—De acuerdo.

Volví a mi apartamento, estaba dolorido y cansado, me pegué una larga y reconfortante ducha y fui a la cama. Me dormí casi al instante.

El maldito timbre del teléfono me despertó con un gran sobresalto, ¿quién sería a aquellas horas? Miré el reloj, eran las once de la mañana; no podía creerlo… había dormido como una marmota. Era Lloyd, su voz sonaba visiblemente alterada.

—Mike, tengo que verte.

—¿De qué se trata? —le pregunté medio endormiscado.

—Por teléfono no puedo decirte nada, pero es algo que vale por lo menos mil dólares.

—¿Estás loco?

—No.

—¿Borracho? —seguí indagando, mientras mi cerebro comenzaba a funcionar casi al cien por cien.

—Tampoco, es algo que lo vale, no puedo seguir hablándote, te espero en el mismo lugar que ayer dentro de una hora.

—Pero… —no había nada que hacer, colgó.

Me quedé pensativo con el auricular en la mano. Tras unos instantes de vacilación, colgué también y fui al cuarto de baño, media hora después estaba bajando las escaleras. En el buzón estaban mi cartera y mis llaves. Mi coche lo encontré en el aparcamiento. Se habían tomado la molestia de traérmelo hasta mi propia casa. Eran de lo más amable, pero en aquello también existía una amenaza implícita, me daban a entender que sabían dónde encontrarme y que para ellos eso era muy fácil. Algo así como: «Déjalo, chico, no metas tus sucias narices en nuestros asuntos, no nos gusta».

A mí tampoco me gustaban ellos.

Cuando llegué al bar, Lloyd no estaba todavía. Miré mi reloj, faltaban aún cinco minutos, no había por qué alarmarse; me acerqué a Charly, que era el camarero amigo de Lloyd.

—Un *whisky* —pedí.

—Enseguida, señor —me lo sirvió y comencé a beberlo lentamente.

Recordé que no había comido nada desde el día anterior, sin embargo no tenía hambre. Estaba nervioso y aunque sabía que el *whisky* no era el mejor sedante, no conocía ninguno mejor. Desde luego, en aquel lugar no podía tomarse nada mejor.

Consultaba a cada momento el reloj, ya estaba tomando el tercer *whisky* y de Lloyd no había ni rastro. Me extrañó, de no haber tenido prisa no me habría llamado de la forma que lo hizo. Y estaba seguro de que no había bebido, le conocía demasiado bien y podía distinguir su voz incluso por teléfono. Lloyd, al menos con el que había hablado hacía una hora y media estaba sereno por completo, más bien diría que excepcionalmente sereno.

—¿Has visto a Lloyd? —le pregunté a Charly.

—No, señor.
—¿A qué hora suele venir?
—Más bien dirá a qué horas no viene.
Charly no sabía nada en absoluto, y supongo que aunque algo supiera no me diría nada. Me había visto varias veces con Lloyd pero era evidente que no le caía simpático. Él a mí sí, qué le íbamos a hacer. Seguí esperando, aunque cada vez estaba más nervioso. No me gustaba nada aquello.
—Si viene, que me llame o venga a verme —le dejé una tarjeta a Charly.
Eran las dos pasadas, no me sentía con ánimos de seguir esperando. No entendía el retraso de Lloyd. Tal vez le hubiese ocurrido algo. ¿Y si lo que pretendía es tenerme a buen recaudo durante unas horas? No encontré respuesta a mi pregunta pero me pareció muy inquietante. Cogí el coche y me fui directo a la comisaría, quería tener unas palabras con mi amigo Kirc.
—¿El sargento Kirc? —pregunté a uno de los agentes.
—No está; ¿puedo servirle en algo? —dijo servicial el agente.
—No importa, ¿sabe dónde está?
—Anda liado con el caso del asesinato de Tim Holmes, creo que está en la cancha de los Tigres, pero no me haga mucho caso.
—Gracias por la información.
—Espero que no sea usted periodista —me dijo dándose cuenta de que tal vez no debería haberme dado la información.
—Lo soy.
Su rostro se congestionó.
—Pero somos amigos, no tema, soy Mike Harper —le vi respirar de nuevo.
—Menos mal, señor Harper, el sargento dejó un recado para usted.
—¿Sí?
—Que quiere verlo cuanto antes, parecía urgente.
—Gracias.
Salí de allí rápidamente, cogí el coche y me fui enseguida a casa del difunto Tim Holmes.
Kirc estaba allí, con Rossie. Cuando me vio se dirigió con rapidez hacia mí.
—Caramba, ¿puede saberse dónde te metes? No hay forma de

dar contigo.

—¿Desde cuándo me llamas?

—Hace un par de horas, llamé al *Cronical* y no sabían nada de ti; y en tu casa, ya me imaginé que sería imposible localizarte. ¿Puede saberse dónde estabas?

—Sí, pero antes me gustaría saber a qué viene tanto interés por mi pobre persona.

—Todo a su debido tiempo —me dijo Kirc indicándome con un gesto que no podía decirme nada delante de Rossie.

—Hola, Rossie —dije al darme cuenta que no le había dicho nada desde mi llegada.

—Ya veo que vosotros siempre estáis discutiendo.

—¿Cómo estás?

—Voy haciendo, Mike; por desgracia tengo la obligación de seguir viviendo aunque no me queden muchos deseos.

No me gustaron sus palabras.

—No temas —siguió ella—, no cometeré ninguna tontería, lo he pensado demasiado y tampoco es una solución que me satisfaga.

La miré fijamente a los ojos.

Seguía sin gustarme lo que veía.

Tampoco me gustaba lo que oía.

—¿Nos vamos, Mike?

—Cuando quieras, Kirc.

Nos despedimos de Rossie.

Estaba ansioso por escuchar al sargento.

CAPÍTULO VI

—Me han prevenido contra ti —me dijo Kirc.

—¿Quién? —pregunté yo, que no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Gente influyente.

—Eso no me dice nada.

—Has estado metiendo las narices por ahí, y hay a quién no le gusta.

¿Quién podía ser? ¿El Gayo Rojo? Tal vez Lloyd quería decirme algo sobre el asunto.

Comenzó a preocuparme seriamente la misteriosa desaparición de Lloyd, no era lógico que me hubiese dejado plantado, ¿o tal vez sí? Le relaté a Kirc lo que había sucedido en El Gayo Rojo, pero omití voluntariamente lo de Lloyd, pues, aunque tenía toda mi confianza depositada en mi amigo el sargento, sabía que él estaba presionado por sus superiores y eso él siempre lo antepondría a nuestra amistad, y yo no quería ponerlo entre la espada y la pared.

—¿Eso es todo? —me preguntó.

—Sí, no hay más.

—Me molestaría que me ocultases algo.

—¿Me crees capaz de hacerlo?

—Sí, Mike; tú eres capaz de eso y de mucho más, tu sentido de la amistad que sentías por Tim te hace peligroso. Deja, por favor, este asunto para los profesionales. ¿Te gustaría que yo me inmiscuyera en tu profesión?

—No, creo que no.

Kirc tenía razón, yo sabía que estaba en lo cierto pero, por otra parte, también estaba seguro de que seguiría investigando por mi cuenta, ni él ni nadie podrían impedírmelo. Estaba decidido, y yo era un redomado cabezota.

—Lo mejor que puedes hacer es descansar unos cuantos días, te tendré informado. Podrás publicar un buen artículo.

—Me importa tres rábanos el artículo —él lo sabía—. ¿Sabes quién es el dueño de El Gayo Rojo?

—¿Quieres presentar una denuncia?

—No, no creo que sirviera de nada.

—No pretenderás volver a meterte en líos.

—Palabra, es solo curiosidad, sabes que puedo averiguarlo si quiero.

Y lo sabía, era inútil ocultármelo.

—Mac Oneil; pero si vuelves por allí, te garantizo que te meto a la sombra hasta que todo se solucione.

—¿Serías capaz?

—Te lo aseguro, este asunto es más delicado para mí de lo que puedas llegar a suponer. Tim era una figura nacional y la gente nos exige resultados; a nadie le gusta que eliminen a sus ídolos, estos no pueden morir asesinados, no les gusta.

—¿Crees que Oneil tiene fuerza suficiente para presionar en contra mía?

—¿Por querer hablar con Liss? Tú estás loco.

—Era solo una suposición.

Yo tampoco lo creía, de todas formas, de lo que no había duda era de que había alguien de arriba metido en todo aquel embrollo y que a Tim lo habían liquidado por algo más que por un simple campeonato. Eso era lo que yo pensaba en aquel momento, aunque nunca se puede estar seguro de nada.

—Hasta la vista.

—Recuerda lo que hemos hablado, Mike.

Lo recordaría, pero no pensaba hacerle el más mínimo caso. Me fui al bar de Mitch a comer algo, mi estómago estaba lleno de telarañas. Seguía sin tener apetito, pero no era cosa de seguir metiendo *whisky* a palo seco. Mientras comía se me acercó Julie. Hacía meses que no la veía, Julie tenía toda la fuerza sexual de una gata en celo. Una vez casi consiguió atraparme. Decidimos dejarlo, yo no estaba hecho para el matrimonio y ella tampoco. Sus ojos azules eran de lo más bonito que había visto nunca, y eso que había visto muchos.

—¿Qué hay, Mike? —me preguntó trivial.

—Julie. Me alegro de verte, para ti no pasa el tiempo.

—¿Debo tomarlo como un cumplido?

—Es la verdad, ¿Quieres comer algo?

—¿A estas horas? —miré el reloj y me di cuenta de que ya eran

más de las cuatro de la tarde.

—Caramba, últimamente mis horarios son un poco especiales.

—Mientras solo sean los horarios.

—Tómate algo, ¿no?

—Un café, de acuerdo.

Me daba la sensación de que aquel encuentro no había sido casual. Julie sabía mi predilección por aquel bar y además me conocía lo suficiente para saber que siempre sería un animal de costumbres. Nos sirvieron el café, yo había terminado de comer, si es que aquello se podía llamar comida.

—Quería hablar contigo, Mike.

—Ya me imaginaba que no habías venido por casualidad.

—Todo es casual en la vida —comenzó a filosofar, que era una de las cosas que más le gustaban. Bueno, casi tanto como hacer el amor.

—Te escucho —yo permanecía frío, o al menos lo intentaba; Julie siempre había conseguido excitarme, y aún ahora en aquellas circunstancias lo seguía haciendo, había algo en ella que irradiaba fuego. Un fuego que se metía dentro de las venas y quemaba—. Aquí no. El sitio no es el adecuado.

—¿Dónde? —pregunté resignado.

—Vamos a mi casa.

Me la quedé mirando, supongo que pudo leer en mis ojos, no era de todas formas muy difícil hacerlo.

—Lo siento, Mike; pero eso entre nosotros ya terminó. Se trata de un asunto serio.

—Claro —la cogí del brazo y salimos a la calle. Ni se me ocurrió despedirme de Mitch. No era problema, había suficiente confianza.

Aparqué el coche frente a su casa. Subimos. Todo lo encontré igual que la última vez. Por un momento pensé que todo era como antes, que aquel tiempo no había transcurrido.

Pronto me di cuenta que todo había cambiado, Julie se mostraba distante. Seguramente ya no sentía nada por mí, y en el fondo no se lo reprochaba, las cosas y los sentimientos nacen, viven y llegan a morir algún día. Me parecía demasiado cruel. Era cruel.

—¿Quieres beber algo?

—Bueno —respondí.

—¿Whisky, como siempre?

—¿Te acuerdas?

—Hay tiempos que no se olvidan.

Me sirvió la copa. Pude contemplar su hermoso cuerpo mientras preparaba las bebidas. Me entraron ganas de abalanzarme sobre ella y poseerla allí mismo, en aquella alfombra como recordaba haberlo hecho más de una vez.

—Mike —me dijo—, sé cuánto apreciabas a Tim, y me imagino que su asesinato habrá significado un duro golpe para ti.

—Más de lo que crees.

—Lo sé, no olvides que si de algo puedo presumir es de conocerte bien, tal vez mejor que mucha gente.

En eso tenía razón.

—Ese es un raro privilegio.

—¿Lo crees? —me preguntó no sé si con sorna o plenamente convencida.

—Sí.

—No cambiarás nunca.

—¿Esa era la cosa tan importante que no podías decirme en el bar de Mitch?

—No, y tú lo sabes. Quiero darte un consejo de amiga, no intentes meter las narices en el asunto.

—¿En qué asunto? —pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

Era extraño, en pocas horas habían intentado alejar mis narices de aquel asunto varias veces.

¿Qué relación tenía Julie con ello?

Solo sabía que tenía que averiguarlo.

CAPÍTULO VII

Mientras me dirigía de nuevo al bar de Simón con la esperanza de encontrar a Lloyd, iba pensando en lo que me había dicho Julie. Me resultaba extraño todo aquello. El asesinato de Tim estaba envuelto en un halo de misterio que por alguna desconocida razón no convenía que se aclarase. ¿Pero por qué? Seguía haciéndome preguntas y la verdad es que por más que me esforzarse me veía incapaz de encontrar las respuestas. Charly estaba detrás de la barra como siempre, no se veía ni rastro de Lloyd. Pedí un *whisky*.

—No, no lo he visto en todo el día, y eso no es normal —me dijo Charly cuando le pregunté por él.

—¿Sabes dónde vive? —me miró fijamente a los ojos. No le había gustado la pregunta.

Se alejó de allí sin responderme. No insistí. Sopesé el vaso que tenía delante mío y comencé a beber. De repente comenzaba a tener sed, me bebí el *whisky* de un solo trago, pedí otro, pagué y salí de allí como alma que lleva el diablo. No estaba seguro de nada, pero debía probarlo todo. Subí al coche y me alejé a todo trapo.

Cuando abrió la puerta nos encontramos frente a frente.

—Mike, ¿qué haces tú por aquí? —me preguntó Nicol visiblemente sorprendido por mi visita.

—¿Puedo pasar?

—Claro, perdona —me franqueó la entrada—; la verdad es que no esperaba a nadie.

—Y menos a mí —nos sentamos en la sala.

—Pues sí, así es.

—¿Estás solo? —le pregunté. Tardó un poco en responderme y noté que vacilaba al hacerlo, con lo que me percaté que no lo estaba.

—Sí, que tontería, con quién iba a estar.

—No veo por qué es una tontería. ¿Eres acaso un ermitaño?

—Tanto como eso, no. Pero últimamente estoy mejor solo —se le notaba a veinte leguas que me estaba mintiendo, fingí no darme cuenta.

—¿Desde lo que pasó con Tim?

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —me preguntó alterado.

—Eso tú debes saberlo.

—Mike, yo no sé nada. Tim y yo éramos compañeros de equipo, y por si no lo sabías buenos compañeros.

—No tienes por qué enfadarte, eso nadie lo pone en duda.

—Pero pretendes insinuar —se estaba delatando él mismo.

—Yo no insinúo nada, eres tú el que lo estás diciendo todo. ¿De qué tienes miedo Nicol?

—De nada —había dado justo en la herida. Estaba muerto de miedo.

—Mientes muy mal.

—No me gusta nada esta conversación —me dijo.

—Pues la vas a soportar quieras o no.

—Me gustaría que te fueras por las buenas —se levantó amenazante.

—No me asustas —seguía sentado.

—Mike, no me gustaría ponerme violento —insistió él, que me miraba con aire desafiante, aunque en el fondo estaba muerto de miedo.

Y no era yo el que le producía aquel temor, de eso estaba seguro. Nicol y yo seríamos poco más o menos de la misma estatura, aunque él estaba bastante más delgado y, por supuesto más ágil que yo.

Y maldita mi pierna, en cuántas ocasiones la maldigo, creo que nunca acabaré acostumbrándome a ella y a sus malditos dolores.

—¿Cuántas cartas de amenaza has recibido? —lancé la pregunta al aire, fue como un directo en pleno rostro.

Le vi tambalearse, ya no le quedaba ni un gramo de arrogancia, creo que en aquel momento hubiese acabado con él aplastándolo como a un vil gusano sin que me hubiese opuesto la más mínima resistencia. Había dado en el clavo. Aquello de Tim no había sido una casualidad, era algo más.

Se dejó caer en el sillón otra vez, se sujetó la cara con ambas manos.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó sin mirarme.

—Lógica que tiene uno, pero no te preocupes ahora por eso, lo que es más importante es que me expliques cómo y desde cuándo.

—¿Por qué no dejas las cosas como están, Mike? Te aseguro que es mejor para todos y, sobre todo, para ti.

—Mira, Nicol, ya empiezo a estar harto de que todo el mundo me diga cómo tengo que hacer las cosas, te recuerdo que ya no soy un bebé y sé lo que quiero hacer.

—No le digas nada.

Me quedé helado, la voz salió del dormitorio. Al instante la puerta se abrió y pude ver a Rossie, la mujer de Tim. Mejor dicho, la viuda de Tim; no me había equivocado, Nicol no estaba solo, pero lo que nunca hubiese podido imaginar era aquello.

—Rossie, ¿qué haces tú aquí?

—¿Y si me negara a contestarte?

—Estarías en tu derecho, pero me resultaría incomprensible.

—¿Se puede saber por qué, Mike?

—Por Tim.

—No mezcles a Tim en esto.

—Lo siento, Rossie yo estoy aquí precisamente por él, y creía que tú estabas interesada en descubrir quién mató a tu marido.

—Pudo haber cambiado de opinión —no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Ya lo has oído, Mike; será mejor que lo dejes correr —me dijo Nicol.

—Pero estúpido, ¿no ves que tú puedes ser el siguiente?

—Está loco, Nicol; no le hagas caso —dijo Rossie.

—Puede que esté loco, pero me parece que lo de Tim no ha sido algo aislado, que hay algo más, y ese algo más me da miedo.

—¿Y se puede saber qué es, sabelotodo? —preguntó Rossie con auténtico desprecio. Aquella no era la mujer que yo había conocido. No se parecía en absoluto a la esposa de mi amigo, a aquella con la que yo posiblemente me hubiese casado a no ser por Tim, que se me adelantó.

—Veo que no queréis ver más allá de vuestras narices.

—Y tú quieres ver demasiado. Deja las cosas como están, por mucho que hagas, no conseguirás devolverle la vida a Tim.

—No sé qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión, Rossie; tal vez no lo llegue a saber nunca, pero te aseguro que intentaré arribar al final de todo esto sea como sea. Nicol ha recibido también anónimos, me lo estaba diciendo cuando tú nos has interrumpido.

—Todos los deportistas de fama los reciben, tú eso lo sabes muy bien, Mike, lo que pasa es que tú te empeñas en relacionarlo todo con la muerte de Tim, y ese es un camino equivocado.

—Me gustaría que tú me indicaras cuál es el bueno.

—Que lo dejes correr.

No pude sacarles de ahí.

—De acuerdo, sois muy dueños de hacer lo que os dé la gana, pienso que no es la postura correcta. Ojalá no tengáis que arrepentiros.

Salí dando un tremendo portazo, me habían sacado de quicio. Aquello estaba oliendo cada vez peor y los que consideraba personas limpias me parecía que no lo eran tanto. Volví al bar de Simón.

—No, ya no creo que venga, aunque me han dejado un recado para usted.

—¿Quién?

—Lo trajo un niño.

Me lo dio, era un sobre en el que podía leerse mi nombre. Pedí una botella de *whisky* y me senté en una mesa, estaba dispuesto a emborracharme, nadie me lo podría quitar de la cabeza.

Bebí el primer vaso y abrí el sobre. Era una nota escueta.

> Si quiere ver a Lloyd, en la calle treinta y dos oeste, apartamento doce. Un amigo.

No ponía nada más.

Pensé que aquello podía ser una broma.

Tal vez una trampa.

Estaba visto que aún no podría agarrar aquella mona. Pagué el *whisky* y salí de allí, esta vez me llevé la botella.

—Me emborracharé en casa.

Eso creía.

CAPÍTULO VIII

Estaba todo silencioso. Aquello no me gustaba nada, cada vez me olía más a una trampa. Subí las escaleras hasta llegar al apartamento que me indicaba la nota. Pulsé el timbre y esperé unos instantes. Nada, un silencio absoluto. Pulsé nuevamente. No contestó nadie. Giré la manecilla de la puerta y esta se abrió. Estaba todo oscuro. No había duda, aquello tenía todo el aspecto de una encerrona. De repente la luz se encendió como por arte de magia.

—Pase y siéntese, señor Harper.

La puerta se cerró a mi espalda, un enorme gorila lo hizo a la par que empuñaba un revólver. Era evidente que la invitación debía aceptarla sin rechistar. La voz pertenecía a un hombre de unos cincuenta años cabello blanco que conservaba en su totalidad, y aspecto agradable.

—¿Le apetece tomar algo?

—No, solo quisiera saber con quién estoy hablando.

—Es usted demasiado impulsivo, y eso le pierde.

—No me gustan las trampas.

—No existe ninguna trampa, usted vino aquí por voluntad propia, ¿no es así?

—¿Usted me envió la nota?

—Veo que empieza a comprender —se sirvió una copa mientras seguía charlando. Su voz era firme, aunque suave—, y eso es importante, creo que podremos llegar a un acuerdo.

—No acostumbro a llegar a ninguna clase de acuerdo con desconocidos —yo seguía en mi postura violenta y no estaba en la mejor posición para exigir nada.

—Ya me habían hablado de su testarudez y de su desprecio a la vida.

—¿Lo dice por ese monigote que me está apuntando? —el gorila se quedó impasible, sin reaccionar. Estaba bien entrenado, no había duda.

—No logrará irritarlo, señor Harper, solo obedece mis órdenes, y está aquí solo como precaución, no podía arriesgarme a alguna de

sus intemperancias.

—¿Me ofrece todavía la copa?

—Claro, puede servirse usted mismo, el pobre Lloyd no tenía servicio.

—¿Qué le ha pasado a Lloyd? —pregunté mientras me preparaba una copa.

—Un lamentable accidente.

—Quiere decir que…

—Muerto, una pena, pero eso es lo que suele ocurrirle a las personas que quieren meter las narices en cosas que son de su incumbencia.

—¡Asesino! —exclamé.

—No está usted en situación de insultarme, señor Harper.

Y tenía razón, pero no por eso dejaba de bullirme la sangre. Por mi mente pasó una película con la velocidad del rayo. Tenía que volverme frío y metódico si quería llegar al fondo de todo aquel tinglado, o haría compañía a Tim antes de lo previsto.

—No importan demasiado las situaciones para decir verdades.

—¿Tiene alguna prueba?

—¿De qué?

—De que yo haya matado a Lloyd.

—Ni tan siquiera sé si es cierto que está muerto.

—Eso es fácil saberlo, ¿ve aquella puerta? —asentí con la cabeza—; puede asomarse.

Vacilé unos instantes.

—¿De qué tiene miedo? Podría matarlo si quisiese con solo hacer un gesto a Rob.

No me lo pensé más, me levanté y fui hacia la puerta, la abrí, y el espectáculo que vi me revolvió las tripas. Allí estaba Lloyd, lo habían abierto en canal como si de un cerdo se tratara. No hablaban en broma, de eso no tenía ninguna duda en aquel momento. Volví al lugar y me serví un trago largo, lo necesitaba.

—Es usted muy sensible, señor Harper.

No contesté, la rabia me consumía por dentro, pero sabía que no tenía ni una sola posibilidad de hacer algo contra aquel asqueroso ser. El llamado Rob me habría descargado todo su revólver antes de que hubiese podido tocar un cabello de aquel sádico.

—De todas formas me cae usted muy bien, señor Harper; yo fui

uno de sus más fervientes admiradores en su época de jugador, fue una lástima que su brillante carrera se viese truncada por esa inoportuna lesión.

Solo me faltaba aquello, la sangre me hervía, pero la visión del cuerpo de Lloyd estaba todavía presente en mí. ¿Contra qué me estaba enfrentando?

—Está usted metiendo las narices en lugares peligrosos y eso no es bueno para la salud.

—Eso es algo que me suena a familiar —le respondí—, por lo visto todo el mundo está empeñado en alejarse de la vida activa.

—Hay mucha gente que le quiere bien, yo soy uno de ellos, aunque en estos momentos usted piense lo contrario.

—No me asusta.

—Ni pretendo hacerlo.

—Nadie lo diría, después del montaje que me ha preparado.

—Nada más lejos de la realidad, mi querido amigo. Me enteré de que usted estaba buscando al pobre Lloyd, y de que por lo visto su interés era algo obsesivo. Tal vez no iba a dejarle dormir, así que me dije que eso no podía ser. Tienes que echarle una mano. Eso es lo que hice. Sé que Tim Holmes era amigo suyo y que su sentido de la amistad es exacerbado, por lo que no iba a conformarse solo con advertencias.

—No me asustan las advertencias, quiero saber quién mató a Tim y por qué, y eso voy a saberlo me cueste lo que me cueste.

—No merece la pena, Tim estaba metido en un lío, él fue el culpable de lo que le pasó.

—¡Eso es mentira!

—Mire, amigo, su querido Tim tenía una doble vida que usted no conocía, si quiere seguir adelante con sus pesquisas no hará más que enlodar la imagen del amigo perdido. Eso lo ha comprendido hasta su esposa.

—¿Rossie?

—Claro, quién si no.

—Por eso la encontré tan extraña, la han amenazado.

Estaba furioso, no solo por aquella situación, sino por la imposibilidad de actuar, eso era lo peor.

—No, se obstina usted en ser muy duro con las palabras que emplea, lo único que hemos hecho ha sido tener una amable

conversación con ella, de la que ha podido sacar unas buenas conclusiones.

—Como a mí, a punta de revólver.

—Usted no hubiese hablado con calma de otra forma.

Y tenía razón, aun así había estado a punto de abalanzarse sobre él sin pensar en Rob.

—Tim Holmes tenía necesidad de dinero y entró en una organización de la que no se puede salir cuando uno quiere, es así de sencillo, el único responsable de lo que pasó fue él. O sea, que asunto cerrado.

—Tim ganaba mucho dinero, no creo que por eso…

—Le puedo presentar a una tal Lisa, por la que usted preguntó el otro día.

—Veo que está usted muy bien informado.

—Es mi forma de vida.

Cuando terminó aquella conversación, el nombre de Tim Holmes estaba lleno de barro hasta más allá de su memoria.

—Espero que sea usted razonable, no tendré otra oportunidad de ser amable con usted y lo sentiría.

No contesté; no podía seguir hablando, tenía náuseas, unas náuseas horribles, nunca hubiese imaginado que podía haber tanta suciedad. Me resistía a creerlo.

—Y olvídese de Kirc, sé que el sargento es un buen amigo suyo, pero no podrá hacer nada, Hay gente muy por encima suyo y no tendrá más remedio que obedecer. El asunto es demasiado importante para un hombre solo y usted lo está.

Cuando salí de allí me dirigí hacia el bar de Mitch, no sabía por qué, ni para qué, mi cabeza era un mar de confusiones. Lo cierto es que una sensación de soledad me invadió por completo.

CAPÍTULO IX

—Le estaba esperando.

La miré y no sabía en aquel momento si mis ojos me estaban jugando una mala pasada. Sus cabellos eran negros como el azabache y sus ojos asemejaban el mar, el resto era verdaderamente indescriptible. Una aparición, no podía ser otra cosa, tal vez estaba soñando y no me había dado cuenta.

—Soy Tina Curtis, del *Tribune* —me dijo como si aquello fuese la cosa más natural del mundo.

Yo no dejaba de mirarla, parecía como si todo mi ser se hubiese quedado parado ante la contemplación de aquella belleza.

—¿Qué le pasa, se encuentra mal? —me preguntó, seguramente impresionada por la expresión de mi rostro.

—¿Me decía? —reaccioné casi sin querer, de una forma instintiva.

—Le dije que era Tina Curtis del *Tribune*, y la verdad es que le estaba esperando porque deseo hablar con usted.

—Me da igual de dónde sea —respondí, casi sin darme cuenta de que lo estaba haciendo.

—¿Podemos hablar? —volvió a preguntar por enésima vez.

—Claro —respondí—, será un verdadero placer, señorita.

—¿Le parece que hablemos aquí? —en su pregunta había un cierto aire de incomodidad, y la verdad es que la puerta no era el lugar más adecuado para sostener ningún tipo de conversación.

—Podríamos subir arriba si le parece —le dije recuperándome poco a poco de la impresión que me había producido su belleza. Me estaba portando como un crío y no me gustaba.

Subimos hasta mi apartamento y le ofrecí asiento, esperando conocer el motivo de aquella visita. Aunque la verdad es que no me importaba demasiado, ya que me había permitido conocerla.

—¿Le apetece beber algo? —le pregunté intentando mostrarme lo más amable posible para desvirtuar mi boba imagen anterior.

—Le acompañaré —me respondió con una sonrisa celestial.

—¿Cómo? —pregunté nuevamente fascinado por aquellos ojos

verdes.

—Creo que usted necesita un buen trago, aunque no sé por qué, pero de todos modos estoy dispuesta a tomar lo mismo que usted.

—Sí, claro —lo único que estaba claro era su rostro.

Preparé las copas con mi mejor arte, que la verdad sea dicha, no es excesivo.

—Gracias —me dijo cuando le alargué la copa.

—Señorita... —balbuceé intentando recordar su nombre.

—Puedes tutearme, mi nombre es Tina —lo dijo con sencillez.

—El mío es Mike —dije correspondiendo a su delicadeza.

—Lo sé, como también que estás metido en un buen lío.

—Vaya, así que eres otra de las que se pasa dando consejos a los demás.

—Ese es el motivo de mi visita.

—Pues yo ya pienso que son demasiados —dije mostrando un creciente desencanto. Noté que ella se sobresaltó.

—¿Has recibido amenazas? —me preguntó.

—Algunas y supongo que tú quieres convencerme de que es mejor que lo deje, ¿no es así? —empezaba a estar asqueado, por un momento me había dejado impresionar por su belleza. «Eres un tonto», pensé, ¡qué barbaridad!

—Qué dices, yo estoy aquí para hacerte una proposición.

—¿De veras? —mis ojos cuando la miré no dejaban lugar a dudas.

—Alto, amiguito, de eso nada —fue dura, tajante.

Empezaba a divertirme aquel juego, era la primera vez que algo agradable me sucedía, no me importaba el riesgo, al menos era interesante. Ya era yo mismo.

—Bueno, sé que no es mi día —le dije—, pero estoy dispuesto a escucharte.

—Eres muy amable.

—Sí, a veces pienso que demasiado.

—Tú investigas la muerte de Tim Holmes, ¿no es así?

—En estos momentos ya no lo sé.

—Tim era tu amigo, eso es cierto.

—Y lo sigue siendo —me ofendió la insinuación, nada podía cambiar los sentimientos de amistad que pudiera sentir por Tim, es más, a pesar de todo lo sucedido, seguía creyendo en la conducta

intachable de Tim, no podía ser de otra forma. Estaba seguro de que algo habría notado. Tal vez fuese un ingenuo, pero no tonto. Me aferraba a ello, y nadie podía hacer cambiar mi opinión, aunque fuese alguien tan hermoso como Tina.

—Me gusta que opines así, creí por un momento que estabas acobardado.

—Y lo estoy —confesé sin saber por qué.

—También sé que desconfías de mí.

—No veo ningún motivo para que no sea así.

—Eso es cierto, pero estás solo en esto y no te queda más remedio que confiar en alguien.

En eso tenía razón. Hermosa y lista, una combinación exclusiva, y a la vez peligrosa.

—Y tú eres la única persona en el mundo en la que debo confiar, ¿no es así?

—No hace falta que seas escéptico.

—No te conozco, sé de tu periódico, pero de ti, no.

—Es normal, estoy haciendo prácticas.

Lo que me faltaba, pensé, una aprendiza de periodista. De la nueva escuela. Era lo peor que podía sucederme.

—Sé lo que estás pensando.

—Me alegro, eso me ahorra palabras desagradables.

—No tienes razón.

—¿Ah, no? —puse mi mejor cara de bobo.

—Eres peor que un niño. Un hombretón como tú, parece mentira.

Me sentí herido en mi amor propio. Aquella criatura me estaba tomando el pelo.

—Bueno, cariño —dije en plan duro—; la broma como tal ya está bien, eres guapa y tal vez lista, pero no me gusta la gente que anda con rodeos, o sea que al grano, hoy no estoy de muy buen humor.

—Eso se te nota a la legua, y por favor no vuelvas a llamarme cariño, eso está demodé.

Mi paciencia estaba al borde del infarto. No quería desfigurar aquel bonito rostro. Me levanté y abrí la puerta.

—¡Fuera!

—Oye.

—He dicho que fuera.

—No me voy.

Fui hacia ella.

—Te aseguro que no quería, pero tú me obligas, no me dejas opción.

—¡Bruto! —pudo exclamar mientras la cogía en brazos.

Su cuerpo frágil y terso vibraba al contacto con el mío. Mis pulsaciones aumentaban su velocidad a un ritmo peligroso.

—¡Tú lo has querido, mocosa! —le dije intentando borrar de mi mente los pensamientos que me embriagaban, al igual que el perfume de su cuerpo.

—Yo sé quién mató a Lloyd —dijo de una forma brusca.

Aquello me paralizó. La solté y cayó al suelo dándose un tremendo batacazo. Me quedé inmóvil mirándola, no creía que fuera cierto lo que me había dicho, tan solo debía tratarse de una estratagema, pero al mirar aquellas piernas tan firmes y duras, perdí por completo el mundo y la realidad de las cosas, para mí en aquellos momentos no había nada más que su cuerpo, que permanecía en el suelo, con la falda por encima de los muslos, en una posición que parecía decir: tómame.

—¿Vas a dejarme así? —me preguntó con una voz dulce y suplicante.

La miré y decidí que no la dejaría ahora.

Confieso que no me arrepiento, fue como un verdadero volcán en erupción que me atrapó hasta la médula.

CAPÍTULO X

—¿De verdad puedes conseguirme una entrevista con Liss? —le pregunté fascinado más por el recuerdo de su cuerpo que por sus confidencias, que la verdad poco habían aclarado la situación, salvo aquella entrevista con Liss, que me parecía muy interesante.

—Sí, tonto, lo que te he contado es cierto, ¿qué más puedo hacer para que confíes en mí?

—No lo sé —la verdad es que me influenciaba demasiado para que pudiera pensar con objetividad.

—¿Tienes alternativa? —me preguntó a la par que esbozaba su mejor arma: su sonrisa.

—No, creo que no —y la verdad es que no me importaba lo más mínimo tenerla.

—Pues no te queda más remedio que tomar una determinación, siempre hay que tomar un partido en esta vida, no se puede jugar en solitario.

—Acepto, pero con una condición —le dije derrotado por completo.

—Qué tú dirijas, ¿no? —pronunció las palabras precisas.

—Creo que me lees el pensamiento, pero no importa. Así es.

En eso estábamos los dos de acuerdo.

Cogimos mi coche y fuimos por dónde ella me indicó.

—Aquí debes dejarlo —me dijo al llegar al sitio adecuado, aprovechando que había un estupendo aparcamiento para mi vehículo.

—¿Ya hemos llegado? —le pregunté extrañado por la brevedad del viaje, aunque bien pensado no tenía por qué.

—No, pero seguro que nos han seguido. Tú te metes allí, en aquel bar y yo me voy tranquilamente. Luego, dentro de una hora, te paso a recoger al bar de Shirley, que está en la calle ochenta. ¿*Okey*?

—Si tú lo dices, no me quedará más remedio que hacerlo así.

La acerqué a mí y posé mis labios en los suyos. Me devolvió el beso con una pasión que me recordaba momentos anteriores que

habíamos vivido no hacía demasiado tiempo, y la mente se me nubló.

Se separó con brusquedad, y en un abrir y cerrar de ojos me quedé completamente solo. Tina había desaparecido. Dudé durante unos instantes sobre lo que tenía que hacer. Después seguí mi camino.

Me tomé una copa en el bar de la esquina, desde cuya barra podía observar la calle. Salí a la calle e hice unas cuantas maniobras hasta cerciorarme de que nadie me seguía. Llamé un taxi y me fui al bar de la calle ochenta. Antes de entrar llamé por teléfono a Kirc desde una cabina. No estaba muy seguro de que fuese cierto todo lo que me había contado Tina, tal vez me había dejado impresionar por ella. Debía estar seguro. Le pregunté a Kirc sobre la identidad de esta como periodista. Tal vez me estaba comportando como un cretino, pero prefería estar seguro, me gustaba demasiado aquella chica.

—¿Para qué quieres saberlo? —me preguntó Kirc, y le dije que ya se lo contaría, que no era cosa de discutirla por teléfono.

—No hagas nada sin hablar conmigo, el asunto no está para bromas.

—¿Desde cuándo gasto yo bromas? —pregunté con el aire más ingenuo que fui capaz de sacar.

—Vale, si me llamas dentro de un par de horas te tendré lo que necesitas, pero esta noche quiero verte. ¿De acuerdo?

—A sus órdenes, sargento.

Me colgó el teléfono.

Estaba de mal humor, era lógico.

Entré en el bar.

—Un Martini seco —pedí al camarero.

—Enseguida, señor —me respondió servicial.

No había estado nunca en aquel bar, debo confesar que se trataba de un lugar bastante agradable, y sobre todo al abrigo de miradas indiscretas. Tina sabía lo que se hacía, esperaba no equivocarme con ella, me gustaba demasiado aquella chica. No sé por qué, pero a su lado sentía como no lo había hecho hasta la fecha. Me daba miedo de mí mismo. Seguramente el paso del tiempo me daría o no la razón.

Tan ensimismado estaba en mis pensamientos que no la vi

entrar. Cuando pude darme cuenta estaba ya a mi lado.

—¿No te ha seguido nadie? —me preguntó.

—No te había visto entrar.

—Hay que ser precavido, no lo olvides, se trata de un asunto muy serio.

—Sí. ¿Has hablado con ella?

—Nos está esperando, tengo un coche aparcado en el callejón. Desde aquí podemos ir directamente a él, detrás del almacén hay una puerta, sube al coche y espérame ahí.

Pagué mi copa e hice a la exactitud lo que ella me había indicado. Al salir al callejón, pude ver el coche. Estaba abierto. Giré la manilla de la puerta y me acomodé dentro. En un par de minutos se reunió conmigo.

—Conduciré yo, conozco mejor el camino.

No tenía nada que objetar.

A los veinte minutos paramos. Señaló una casa semiderruida.

—Allí es.

—No me parece muy bonito.

—Simple precaución, está muy asustada, teme que será la próxima víctima.

Salimos del coche y fuimos hacia allí.

Liss era una rubia exuberante. Sus ojos denotaban miedo. Estaba aterrorizada. No había duda.

—Este es Mike Harper —me presentó Tina.

—Lamento mucho lo del otro día —se refería a la paliza que me pegaron en El Gayo Rojo.

—¿Cómo se enteró?

—Estaba allí, señor Harper.

Me quedé estupefacto, luego prosiguió.

—Sé que era usted el mejor amigo de Tim, él siempre hablaba de usted. Le parecerá extraño que Tim y yo…

—Me sorprendió mucho al enterarme.

—Son esas cosas que pasan, Tim no era feliz en su matrimonio.

—Yo nunca lo hubiera dicho.

—Tenga cuidado con su mujer, es peligrosa. Su apariencia es traicionera y no piense que lo digo por despecho. Amaba a Tim demasiado. Fue el verdadero amor, por él hubiese renunciado a cualquier cosa. Si su matrimonio no se hubiese convertido en un

infierno le garantizo que yo me habría esfumado de su vida.

—Puedes creerla, Mike —me dijo Tina dando fuerza a las palabras de Liss.

La miraba a sus ojos con gran fijeza. Estaba seguro de que aquella mujer no mentía.

—Hay gente muy interesada en que se produzca una auténtica catástrofe en el baloncesto del país. Quiere controlarlo, hay muchos millones en juego, Tim quiso salirse del lío y por eso le mataron.

—¿Quiere decir que estaba metido? —pregunté.

—En un principio, sí.

—Entonces, ¿por qué le enviaron anónimos?

—Los anónimos no tienen nada que ver con su muerte.

Aquella confesión me dejó helado. Cada vez estaba todo más confuso, parecía un plan de locos.

—Hay cosas que yo ignoro, pero sé que están programadas más muertes y estas seguirán produciéndose en la cancha.

—¿Qué pretenden?

—Crear pánico, ¿sabe usted lo que es eso?

No había más que mirar a sus ojos para darse cuenta.

CAPÍTULO XI

Fue Bruce Nolan el que me lo dijo.

—Nicol se retira.

—¿Qué quieres decir?

—Que deja el baloncesto.

—¿Así? ¿De repente?

—Ha sido un bombazo, no ha querido decir los motivos.

—¿Has podido hablar con él?

—No hay forma, ha desaparecido. Tras comunicar su decisión, es como si la tierra se lo hubiese tragado. ¿Qué piensas?

—No lo sé, Bruce; esto es cada vez más incomprensible.

Las cosas se liaban por momentos. Había un montón de cosas que no ligaban. Mi conversación con Liss no había hecho más que embrollarlo todo. Sería eso lo que pretendía esa gente.

Kirc me había dicho que no existía ninguna Tina Curtis periodista. Eso quitaba veracidad a cualquier cosa en la que la chica estuviera metida, incluida mi entrevista con Liss. Suponiendo que no se tratara de una impostora. Ahora se retiraba y desaparecía.

—Mañana hay partido.

—¿Vas a venir? —me preguntó Bruce.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Pues los Tigres se van a quedar en cuadro como esto siga así.

—Es posible que tras ese partido veamos un poco más claro.

—¿Tienes alguna idea? —me preguntó con su entusiasmo característico.

—Sí, una muy interesante.

Se me había ocurrido algo que tal vez pudiera resultar. ¿Cómo no se me había pasado antes por la cabeza? Todo era mucho más sencillo de lo que parecía. Lo había tenido al alcance de la mano y no me había dado cuenta. Esa manía nuestra de complicarlo todo, cuando la mitad de las veces es de lo más sencillo.

—Tienes que hacerme un favor —le pedí a Bruce.

—Lo que quieras.

—Pero me has de prometer que tendrás la boca cerrada.

—Cualquiera diría que soy un charlatán —le miré fijamente—; está bien, te lo prometo.

—Si hablas con alguien eres hombre muerto.

—Me asustas.

—Eso pretendo.

Se lo expliqué al detalle.

—¿Entiendes?

—No —me respondió.

—Pero al menos serás capaz de hacerlo.

—De eso sí que estoy seguro. ¿No podrías decirme algo más?

—No.

—Me lo imaginaba.

Se marchó a realizar mi encargo. Yo me fui a buscar a Tina, había quedado con ella en su casa. Me había querido utilizar como a un pelele, ahora llegaba mi turno. Todos, absolutamente todos, habían estado jugando conmigo y creía que la hora de invertir los términos había llegado. Me encontraba bien.

Pulsé el timbre, tuve que esperar unos instantes mientras oía el paso lento y firme de alguien que se acercaba a la puerta. Al abrir, pude ver que todavía no estaba arreglada, pero aun así rezumaba belleza por todos los poros de su piel.

—Perdona, aún no estoy lista. Pasa, siéntate y prepárate algo de beber, si te apetece; no tardo nada.

Asentí con la cabeza, como alguien que se resigna al triste sino de la espera. Me fui directo al mueble bar con la intención de prepararme un trago. Me hubiese gustado hablar con Nicol, me daba la sensación de que el muchacho estaba siendo manejado. Un hombre con miedo es fácilmente utilizable.

Estaba con mis elucubraciones cuando apareció ella, muy bien arreglada. La verdad es que había tardado menos de lo que esperaba. Era una mujer sorprendente.

—No he tardado mucho, ¿verdad? —preguntó mostrando su sonrisa más picara.

—Desde luego, no se puede negar que eres una mujer rápida —le dije contemplándola de arriba a abajo—. ¿Te has enterado de la retirada de Nicol?

—No, ¿es posible? —estaba seguro de que mentía, claro que eso lo había estado haciendo a cada momento.

—Así es, y ha desaparecido de la circulación, ignoramos su paradero.

—¿Sospechas que lo hayan liquidado? —me preguntó.

—Me gustaría saber cuál es tu opinión —quise saber.

—Me pillas de sorpresa, no sé qué pensar.

—Tú siempre tienes ideas, además eres especialista en elaborar hipótesis, o sea que estoy esperando la última.

—¿Te ríes de mí? —preguntó adoptando un modo adusto que era la primera vez que veía aparecer en su rostro.

—Yo no sería capaz de hacerlo, y creo que lo sabes muy bien —le dije intentando poner un aire digno que era incapaz de sentir en aquel momento.

—Mike, a ti te pasa algo, tu actitud de hoy no es normal, ¿qué es lo que ha pasado? —quiso saber.

—Te lo acabo de decir, no hay nada más, me parece que eres tú la que ve fantasmas donde no los hay.

—¿Estás seguro de que no me ocultas nada? —insistió en sus inquisiciones.

—Creo que hicimos un trato, yo te aseguro que no soy nunca el primero que rompe los acuerdos. Eso no lo hago jamás —me miró fijamente durante unos instantes, luego dijo:

—Eso te engrandece, siempre he pensado que es hermoso conocer a alguien honesto y tú lo eres.

—Honestidad por honestidad —bromeé, con una gran dosis de doble intención.

—Estás muy poético hoy, y eso es bonito —se me acercó tanto que estuve tentado por un momento, pero luego la lógica cerebral se impuso.

—Tengo una idea —le lancé en pleno rostro sin darle tiempo a reaccionar.

—Ya sabía yo que algo pasaba por esa cabecita —me dijo haciéndome un mohín con la nariz.

—Se me acaba de ocurrir en este mismo instante, seguro que tú me inspiras —dije separándome de ella, pues me costaba mucho soportar su proximidad a pesar de que sabía que era una mentirosa —. Y me gustaría ponerla en práctica.

—¿Cómo? —me preguntó intrigada, lo que me alegraba en gran manera, había picado el anzuelo.

—Yo no puedo ir a El Gayo Rojo, ya sabes por qué, no hace falta que te lo cuente, y había pensado en que fuese otra persona.

—Y esa persona podía ser yo, ¿no es así? —ella misma se había metido en la trampa, me supo mal ver lo fácil que estaba resultando.

—Sí, pero podía ser peligroso, y ya sabes que si te ocurriera algo no podría perdonármelo jamás.

—Sabes que no tengo miedo, ¿a quién quieres que vea allí?

—Quisiera que tuvieses una conversación con Mac Oneil.

Le expliqué los supuestos detalles, y aceptó de buena gana. Había sido demasiado fácil. Me quedó un regusto amargo en la boca, aunque sabía que se lo merecía.

CAPÍTULO XII

Estaban entrenando bajo la mirada atenta de Ryan, su *manager*. El ambiente era frío. Para un final de campeonato que se prometía vibrante resultaba desolador contemplar aquel equipo roto y diezmado. Me acerqué a Ryan.

—Hola, Mike —me saludó frío. Estaba completamente abatido.

—¿Cómo están los ánimos? —pregunté aun a sabiendas de cuál iba a ser la respuesta.

—Ya no sé si eso existe. Primero Tim, y ahora Nicol que dice que se retira y desaparece de la capa de la tierra.

—¿No te dijo nada?

—Ni una palabra, me enteré por los periódicos. Desde que murió Tim estaba desquiciado, pero lo consideré normal. Todos los chicos estaban muy afectados.

—¿Qué tal va la economía del club?

—No muy bien, y sin campeonato mucho peor.

—¿Crees que alguien puede resultar beneficiado si vosotros desaparecéis del mapa?

—Los equipos rivales. Pero eso me suena a tontería.

Ryan tenía razón, pero a pesar de eso la idea que hacía algún tiempo invadía mi cerebro iba tomando cuerpo cada vez con más visos de posibilidad. De todas formas, el tiempo tenía que darme la razón o quitármela, aunque de eso último no estaba muy seguro. Había alguien a quién le interesaba liar las cosas cuanto más mejor para su propio provecho, era una forma de pasar desapercibido y crear un clima favorable a sus intenciones. Una mente diabólica que había jugado sus peones en el tablero de ajedrez que era aquella situación, con la precisión propia de un maestro. Empezaba a convencerme y cada vez más de que los peones ignoraban que estaban siendo utilizados, lo que daba aún más confusión a todo el enredo.

—¿Crees que podrán jugar el sábado?

—Tienen que hacerlo, son profesionales, pero te aseguro que su moral está bajo cero. Los comprendo, yo mismo me siento incapaz

de infundirles ánimos.

—¿Y qué dice el patrón? —me refería a Macduval el propietario del equipo, un gran enamorado del baloncesto. Su dinero había hecho de los Tigres un equipo extraordinario.

—Está desesperado. Tenía el título ya casi digerido. Después de acariciarlo el año pasado este estaba en el bote.

—Aún os queda una oportunidad —yo también creía que esa había desaparecido desde la muerte de Tim.

—¿Quieres engañarme?

—No.

—Entonces te engañas a ti mismo.

—Hay que sobreponerse a las adversidades.

—¿Te has sobrepuesto tú a las tuyas?

Aquello era tirar con bala. Miré mi pierna y no fui capaz de contestarle.

—Lo siento.

Reclamaban su presencia en los vestuarios.

—Perdóname, me llaman.

Pude ver a lo lejos al todopoderoso Macduval. Me despedí de Ryan, no era conveniente hablar en aquel momento con el jefe. Me hacía falta comprobar unos cuantos datos. Tenía que estar seguro antes de adelantar un pie, aquel juego podía convertirse en peligroso y no tenía un solo enemigo, sino que eran dos. Cada vez estaba más convencido. Era una verdadera obsesión la que me embargaba. Todos aquellos acontecimientos me habían desbordado por completo. Mi vida hasta entonces había transcurrido más o menos apacible entre el deporte, que había sido toda mi vida. Ahora estaba siendo protagonista sin quererlo de una de las páginas más amargas del noble juego del baloncesto. Cuán noble es el deporte, pero cuánta suciedad le ponen gentes sin escrúpulos ajenos a él.

No era solo el boxeo el que generaba dinero fácil e ilegal.

Fui al bar de Mitch, no me quedaba más que esperar a Bruce, no sabía cuánto tardaría. Me molestaba perder el tiempo, pero no podía hacer otra cosa. La espera era angustiosa. Miré varias veces el reloj. Bebí un par de *whiskies*, no debía abusar de ellos, mi mente debía permanecer completamente despejada.

—Tiene mala cara —me dijo Mitch.

—Hace unos días que duermo mal.

—Debería tomarse unas vacaciones fuera de la ciudad, es un remedio que nunca falla.

—Sí, Mitch, para el que pueda hacerlo.

—Por unos días, en el periódico pueden pasarse sin usted.

—Ya sé que mis crónicas no son nada del otro mundo, pero...

—No me refería a eso, señor Harper.

—Lo sé, no tienes que disculparte.

En aquel momento Bruce venía sudoroso. Rápido y veloz, inquieto, así era ese muchacho, en aquel momento me alegré mucho de que fuera de aquella manera—. Qué hay, Bruce, ¿averiguaste algo?

—Calma impaciente, yo siempre soy eficaz.

—¿Y bien?

—Tina Curtis, agente de seguros.

—Me lo temía.

—Por lo visto, su compañía tiene que hacer efectiva una bonita suma de dinero a la viuda de Tim.

—Y claro, ella debe impedirlo a ser posible. De ahí su manía hacia la heredera.

—¿Te sirve de algo? —me preguntó Bruce.

—De más de lo que tú te piensas.

Tina me había mentido, pero no por lo que yo sospechaba, eso me alegró bastante, aunque no podía olvidar que me había mentido, y aunque fuese en el estricto cumplimiento de su obligación, me molestaba. Aquella mujer se había metido demasiado adentro. No me gustaba.

—Creo que me he ganado un trago, ¿no?

—Claro —le dije—, y hasta una botella, pide lo que quieras.

—Tampoco hay que exagerar. Te noto muy alegre por la noticia, pero la verdad es que no entiendo nada de todo esto, te agradaría que fueses un poco más explícito conmigo.

—Todo a su debido tiempo. Ahora debo pedirte un favor más.

—A tus órdenes.

Era un buen chico.

—Necesito que vayas a la redacción y me reserves una primera página para mañana, yo mismo les llevaré el artículo.

—Con que era eso —aquello molestó un poco a Bruce—, podías haber jugado limpio conmigo.

—Tranquilo, mi buen amigo, ahora no te puedo explicar nada, pero te garantizo que serás el primero en enterarte de todo.

—Eso es siempre un consuelo —sabía que estaba dolido, pero no me quedaba otra solución, debía seguir actuando así, tal y como se había hecho en aquel endemoniado asunto desde un principio.

—¿Cuento contigo?

—Antes te dije que sí y, por supuesto, no voy a volverme atrás.

CAPÍTULO XIII

El articulo había salido en primera plana, me costó un poco convencer al jefe de redacción.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—En mi vida lo he estado tanto.

—Eso va a caer sobre tu responsabilidad, yo quisiera consultar con el «dire», no sé si entra dentro de mis atribuciones.

—No hay tiempo, ¿quieres que te ponga por escrito que asumo toda la responsabilidad?

—Me quedaría más tranquilo, sé que no ibas a hacerme una mala faena, pero mi puesto es muy delicado y tengo una familia detrás.

—No me llores más, redáctalo y te lo firmaré, pero mete esto en prensa de una puñetera vez.

Firmé aquel maldito papel, si me equivocaba podía despedirme de mi empleo, claro que en aquellos momentos era eso lo que menos me importaba.

El artículo comenzaba a surtir efecto, se lo noté a Tina en la cara nada más verla.

—¿Qué es lo que pretendes? —me preguntó.

—Sabes leer, ¿no?

—Claro que sé leer, pero podías haberme dicho lo que pretendías.

—¿A una embustera como tú? —le dijo a sabiendas de que aquello le dolería.

¿Pero acaso a mí no me dolía su burdo engaño?

—Tenía que hacerlo, Mike; forma parte de mi trabajo.

—Pero no es ético.

—¿Me hubieses ayudado de decirte la verdad?

—No lo sé —no me quedó más remedio que confesar que posiblemente no, al menos ese era el significado de mi ambigua respuesta.

—Sabes muy bien que no, pero te aseguro que pensaba decírtelo, me dolía mentirte.

—Qué pena.
—No te burles, me hace daño.
—Y qué te crees que he sentido yo al enterarme. Fuiste muy astuta, aunque tuviste un fallo.
—¿Cuál?
—Tu periódico.
—Nunca pensé que dudases. Había una sola posibilidad entre cien que decidieras comprobarlo y en tu estado anímico pensé que no lo harías.
—Claro, me ibas a tener lo suficientemente controlado para evitarlo.
—¡Eres un cerdo!
—No me gusta la gente que no sabe perder. Jugaste tus cartas y perdiste.
—No, Mike; he ganado, he conseguido que detengan a Rossie, van a abrir una investigación.
—No puede ser.
—Como lo oyes.
—¿Y ella?
—Se ha negado a declarar nada.
Kirc no me había dicho nada.
—Tu amigo el sargento te ha fallado esta vez —me dijo como si fuera capaz de leerme el pensamiento.
—¿Me lees la mente?
—Eres puro y transparente como el agua, mi querido Mike, y yo te conozco muy bien.
—Me alegro, porque así sabrás que esta es la última vez que nos vemos. Tú ya tienes lo que buscabas.
—Y tú también, no te quejes, querías vengar a Tim, pues eso ya está en camino, fue ella, no lo dudes.
—En eso te equivocas, toda tu teoría se viene abajo. No tardarás demasiado en darte cuenta.
—Eso quiere decir que sabes algo más. ¡Eres un bastardo!
—Solo me he puesto a tu altura.
Me dio un tremendo bofetón y se marchó dejándome con la mejilla dolorida, era todo un carácter, no había duda.
Al llegar a mi apartamento pude comprobar enseguida que no estaba solo, allí estaban dos hombres que conocía muy bien, uno de

ellos era mi querido amigo Rob. Le saludé al entrar, tenía cara de muy pocos amigos.

—Qué hay, muchacho, cuánto tiempo sin vernos.

Su jefe me interrumpió.

—No se haga el gracioso, señor Harper; se ha pasado usted de listo y no soy de los que aviso dos veces.

—Eso ya lo sé, mi querido amigo —tenía que dominar la situación costase lo que costase, iba en ello mi pellejo, y a pesar de sus defectos no estaba dispuesto a perderlo tan pronto.

—Calladito hubiese estado mejor, ese artículo suyo tiene un título digamos que demasiado sensacionalista.

—*Pánico en la cancha*, pensé que le gustaría.

—No sabía que fuese usted un vulgar sensacionalista, me ha defraudado.

—Lo lamento. ¿No le ha gustado?

—No pone más que una sarta de mentiras.

—Si es así, ¿por qué le molesta tanto?

—Mi negocio podía resentirse y, además, tengo gente encima mío a los que no les gustaría nada una investigación.

—Con cerrarla, tienen fuerza suficiente.

—El público es muy susceptible, y por desgracia, usted goza de una excelente reputación. Tiene un índice de credibilidad excesivo para un botarate —se estaba poniendo nervioso y eso me gustaba.

Yo estaba disfrutando, aunque sabía que aquel hombre era capaz de matarme, a no ser que yo pudiera convencerle de que estaba mejor vivo.

—Muerto no les sirvo de nada, sin embargo, vivo, podía cambiar el sentido del artículo y dirigir a la opinión pública hacia otros caminos, digamos menos peligrosos para sus intereses.

—¿Qué pretende decir? —preguntó visiblemente interesado.

Cambió el aspecto de aquel hombre.

—Que podríamos llegar a un acuerdo, aunque no creo que usted, y perdone, tenga la suficiente autoridad para poder decidir.

—Eso es algo que me incumbe solo a mí —Rob me miraba con ojos de carnero degollado.

A pesar de su corpulencia parecía un niño bueno, feo, pero bueno. Aquella cara podía transformarse en algo cruel con solo una indicción del hombre cano.

—De todas formas, me gustaría negociar a más alto nivel —aquello pareció no gustarle demasiado.

—Mi querido amigo —dijo—, está usted abusando de mi paciencia y de su buena estrella. ¿No ha pensado que esta puede acabársele en cualquier momento?

—Sí, pero ese momento aún no ha llegado.

—Suelte de una vez su proposición.

—Yo pongo tierra sobre el asunto, lo olvido, a cambio de que me entreguen al asesino de Tim.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Nosotros no tenemos nada que ver en ello.

—Pero saben quién fue.

—No es asunto nuestro.

—Pero las apuestas, sí.

Si me equivocaba podía considerarme hombre muerto.

—De acuerdo, lo consultaré. Recibirá noticias mías.

—¿Cuándo?

—Mañana. Pero no intente ninguna jugada sucia o despídase de su pellejo.

Salieron de mi casa. Respiré profundamente, debo confesar que pasé mucho miedo. Rob no había ni tan siquiera pestañeado. Era un robot, o al menos lo parecía.

CAPÍTULO XIV

Abrí la puerta y recibí un fuerte golpe en la mandíbula, era Nicol, estaba furioso.

—¡Te mataré, asqueroso!

Al segundo golpe se calmó un poco y se dejó caer en el sofá. Yo estaba en el suelo, tenía el labio partido y me sangraba en abundancia.

—¿Puedo levantarme? —le pregunté al cabo de unos instantes.

—Debería matarte.

—Nicol, yo creo que será mejor que hablemos, es más civilizado.

—De acuerdo, pero procura que me gusten tus palabras —estaba atemorizado a pesar de su agresividad.

Todo aquello era producto del miedo. No me había equivocado en el título de mi artículo: «Pánico». Eso era lo que se había apoderado de aquel excelente jugador.

Me levanté y restañé la herida del labio, serví un par de copas y le di una.

—Toma, te sentará bien.

—Gracias —le temblaban las manos.

—¿Dónde te habías metido? Todo el mundo estaba preocupado por ti.

—Eso no tiene importancia.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que dejabas el baloncesto?

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida.

—Eso es cobardía.

—Llámalo como quieras.

—Y si te asegurase que la muerte de Tim no fue por las apuestas.

—No decías eso en tu artículo.

—Pude equivocarme.

—¿Sabes lo que eso representa?

—Sí, que puedo perder mi empleo.

—¿Y aun así lo publicaste?

—Algo había que hacer.

—Estás loco.

—Sí, Nicol; un poco, como casi todos los que estamos mezclados de una u otra forma en este asunto. Tim y tú habíais vendido algún partido, ¿no es cierto?

—Sí —puso su cabeza entre sus manos.

Toda la agresividad se le había disipado con los puñetazos que dirigió a mi pobre persona... estaba visto que todos los golpes iban a parar a mí.

—¿Por qué?

—Dinero, supongo.

—¿No ganabais lo suficiente?

—El equipo no anda muy bien de fondos, nos deben cuatro meses.

—Lo sospechaba, pero aun así...

—Tim estaba liado con esa Liss de las narices y gastaba mucho.

—Entre tú y Rossie no hay nada, ¿verdad?

—Claro que no, ¿qué pensabas?

—Lo que acabas de decirme.

—Ella sabía que yo también había recibido anónimos igual que Tim, y en vista de lo que le pasó a él intentó alejarme de todo este lío. Y a ti también quería meterte fuera, son gente muy peligrosa, yo los conozco.

—Pero no fueron ellos, Nicol; te puedo asegurar que no.

—Entonces, ¿tú también crees que Rossie...?

—No te alteres, ella es inocente.

—¿Por qué la han encerrado?

—Es una forma de protegerla.

—¿Acaso corre peligro?

—Pudiera ser.

—Entonces, ¿quién fue?

—Supongo que mañana lo sabré, si mis cálculos son exactos.

—De todas formas no volveré a jugar más, he sido un canalla, no soy digno de saltar a una cancha.

—Lo de amañar partidos es algo ruin, Nicol.

—Lo sé, Mike; pero el dinero fácil es como una mala borrachera, Tim se metió primero y la verdad es que no tuvo que esforzarse mucho para que yo le siguiera, esa es la verdad. Merecería que me partieras la cara. ¿Te duele? —se refería a mi labio, se estaba hinchando por momentos.

—Un poco, pero no tiene ninguna importancia. Me gustaría que siguieses jugando, pero honradamente.

—¿Tú crees que podría hacerlo?

—Sí.

—¿Y esa gente?

—O mucho me equivoco, o van a dejar el negocio por una temporada. Por desgracia me temo que no podremos exterminarlo del todo, pero ya llegará la ocasión en que todo será honesto. El deporte debe serlo.

—Pobre Tim.

—No sufras, a poco que pueda dejaremos su memoria intacta. Creo que ya ha pagado por lo que hizo.

—Estaba arrepentido.

—Se lo noté, estaba jugando maravillosamente bien. Con rabia, diría yo.

—¡Fue horrible!

—Ya ha pasado todo.

Nicol se marchó bastante más calmado, en el fondo sentía lástima de él, todo estaba saliendo bien. Esperaba que no se estropease. Me di una larga ducha, la necesitaba, los acontecimientos podían precipitarse de una forma vertiginosa. Esperaba que así fuera.

El teléfono sonó a medianoche. Lo descolgué, una voz conocida se dirigía a mí desde el otro extremo del cable.

—Señor Harper.

—Al habla.

—Consulté su proposición.

—¿Y bien?

—Ha sido aceptada.

—¿Cuándo?

—Mañana recibirá las pruebas, el resto es asunto suyo, espero de su discreción.

—Es está garantizada, un trato es un trato.

—Mejor que sea así.

—Espero que se habrán acabado también las jugadas sucias.

—Nosotros siempre jugamos limpio, señor Harper; me ofende usted al pensar lo contrario.

—¿Y lo de Lloyd? —pregunté.

—Jugaba sucio, señor Harper. Además, se hizo justicia, puede estar tranquilo si es eso lo que le mantiene desvelado.

—No es eso precisamente.

—Si es usted hábil, y hasta ahora ha demostrado serlo mucho, todo estará solucionado en veinticuatro horas, ahora ya solo depende de usted.

—Lo sé.

—Espero sus próximos artículos con muchísimo interés.

—Podrá leerlos.

Colgué el aparato. Todo estaba saliendo bien. Demasiado bien, tal vez algo podía enviarlo a rodar.

No estaba tranquilo.

Tampoco pude dormir aquella noche.

CAPÍTULO XV

Julie me abrió la puerta, no me sorprendí al verla, aunque ella al verme a mí, sí.

—¿Qué haces tú aquí, Mike?

—He venido a hablar con Macduval.

—¿Sabes si él quiere hablar contigo?

—Estoy seguro de que sí.

—Déjale pasar, cariño —era el propio Macduval en persona. Se le veía un hombre seguro de sí mismo.

Julie se hizo a un lado, dejándole paso.

—Tome asiento, señor Harper, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Simple cortesía.

—Nunca, que yo sepa, había tenido esa clase de cortesías conmigo.

—Alguna vez tenía que ser la primera.

—Eso también es cierto. ¿Una copa? —a pesar de su aparente sangre fría, yo sabía que estaba nervioso.

—¿Por qué no?

—Cariño, sírvele una copa a nuestro amigo. Tú debes aún acordarte de sus gustos.

Julie obedeció.

—Es una chica encantadora, hizo usted muy mal dejándola escapar, claro que en el fondo debería estarle agradecido. De no ser así, ella no estaría ahora conmigo.

—¿Cómo le van los negocios, señor Macduval?

—No me puedo quejar, aunque no tan bien como hace algunos años.

—¿Por qué no reconoce que está arruinado?

—¡Mike! —exclamó Julie.

—¿No lo sabías, encanto? Me parece que esta vez has jugado a perdedor.

—Eso es una insolencia, señor Harper; después de que ha sido usted bien recibido, creo que no está nada bien su actitud.

—Ni la suya tampoco. ¿O es que no tiene usted conciencia?

—Me ofende.

—¿Por qué mató usted a Tim Holmes? —lancé la pregunta con rapidez.

—Con que es eso —parecía no inmutarse, al menos por el momento, era como si se supiera seguro del terreno que pisaba, pero yo sabía que la procesión debía ir por dentro.

—¿Lo niega?

—Claro, hijo mío; es la cosa más fantástica que me han contado nunca, creo que usted podría escribir buenas novelas de ficción en lugar de perder el tiempo en el periodismo deportivo, porque su último artículo era un compendio de buen hacer en cuanto a ficción se refiere. ¡Qué portentosa imaginación!

—¿Y si le dijera que tengo pruebas?

—Seguiría siendo absurdo.

Saqué la cerbatana.

—¿La reconoce?

—No la he visto en mi vida.

—¿Ni a Skrim Walker?

Comenzó a tambalearse.

—¿Quién es?

—El propietario de una casa donde usted compró una cerbatana igual que esta para asesinar a Tim Holmes.

—El que la hubiese comprado no prueba nada.

—¿Está seguro?

Un revólver apareció en su mano con la rapidez del rayo.

—Bueno, ya está bien de charla, ha ido usted demasiado lejos, amigo mío, y comprenderá que no puedo dejarlo suelto por ahí para que vaya repitiendo esa sarta de mentiras que ha inventado su mente calenturienta.

—Tim le descubrió, ¿no es cierto?

—Sí, era un estúpido vendido al sindicato. Estaba arruinado y él había tenido la culpa de todo. No merecía otra cosa.

—Y de paso usted tenía una excusa para disolver el equipo y cobrar el seguro. Porque tenía asegurado todo el equipo, ¿no es cierto?

—Es normal, me cuesta mucho dinero.

—Dinero que ya no tiene.

—Pero tendré, ya nadie querrá jugar con los Tigres, después de la espantada de Nicol seguirán la de los otros.

—Y así podrá cobrar el dinero.

—Y empezar una nueva vida en México.

—Lo siento, pero ya no podrá ser. ¿Tú sabías todo esto, Julie?

—No —parecía sincera, aunque no podía estar seguro de nada.

—Bueno, señor Harper, ha sido una charla muy instructiva que me temo que ha llegado a su fin, es una lástima que una persona tan inteligente como usted se haya metido donde no le llamaban y tenga que dejar este valle de lágrimas por una tontería de este tipo. Y eso que se lo advirtieron un montón de veces.

—¿De cuántas se preocupó usted? —quise saber, mi curiosidad no tenía límites ni tan siquiera en una situación como aquella.

—No creo que eso tenga en este momento la más mínima importancia.

—Era simple curiosidad —dije para ganar un poco más de tiempo.

—¿No irás a matarlo? —preguntó Julie con un asomo de intranquilidad en los ojos.

—¿No querrás que le deje que vaya contando ese cuento por ahí?

—Pero si no es cierto, ¿qué más da? —dijo Julie, que por lo visto aún creía en la inocencia de su hombre. Sentí lástima por ella.

—Lo siento por ti, Julie; creo que no has acertado esta vez —le dije.

—Basta de charla —exclamó él.

Por lo visto aquello se había terminado. Levantó el arma y fue en aquel preciso instante cuando la puerta saltó en mil pedazos.

—¡Alto en nombre de la ley! —era Kirc y dos agentes más.

Llegaron en el momento justo. Me tiré al suelo en el instante en que una lluvia de balas pasaba por el lugar que ocupaba mi anatomía unos segundos antes. Cuando el ruido terminó pude ver el cadáver de Macduval. Kirc se me acercó.

—¿Estás bien? Siento no haber llegado antes.

—Ahora ya es igual —le dije suspirando con alivio.

—Hemos cazado a Rob y a tu viejo amigo del pelo cano. En pocos días caerá el jefe, ha salido redondo.

—¿Qué dijo? —pregunté intentando terminar de aclarar aquel

tinglado.

—¿Quién? Tu querido amigo, el hombre del pelo cano, me dio un mensaje.

—¿Se puede saber cuál? —no esperaba nada bueno de aquel tipo.

—Que eras un cerdo sin palabra.

—Y tiene razón.

—Dice que te matará.

—¿Tú crees que podrá? —le pregunté casi riendo.

—No, con la muerte de Lloyd tiene suficiente, a parte de otros pequeños cargos que le voy a meter en su cabezota.

—¿Es verdad que había gente gorda metida?

—Sí, pero sobre eso no hay noticia, se arregla a alto nivel. Pero tú puedes estar tranquilo, no vas a perder el empleo, aunque has estado a punto de conseguirlo. Tu jefe está que echa chispas, te recomiendo que no vayas por allí en un par de días. Puedes enviar los artículos por correo.

—No es mala idea.

Y no lo era.

—¿Cómo está Rossie?

—Bien, quiere pedirte disculpas.

—La comprendo, todos nos hemos portado de una forma extraña en este maldito asunto.

CAPÍTULO XVI

Estaba de nuevo junto a Bruce en una cancha de baloncesto. Era el último partido del campeonato, Nicol estaba dispuesto a jugar. Por fin la pesadilla había terminado, y de una forma que sinceramente yo no esperaba después de aquellos días tan angustiosos. Parece imposible. Todo había sido de locura. Cómo pueden una serie de circunstancias complicar a las más diversas personas. Creo que en el fondo todos fuimos un poco culpables de lo que le sucedió a Tim. Hay quién no está del todo maduro como para soportar el éxito, y este llega tan pronto en deporte, o no llega nunca. Yo podía comprender a Tim, y le perdonaba, era de humanos equivocarse, pero no le dieron ocasión de rectificar como yo sabía que hubiese hecho. Ya se estaba arrepintiendo cuando la muerte se cruzó en su camino. Al pensar que solo por una estúpida cantidad de dinero puede llegarse hasta el crimen siento un enorme escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Bruce aún estaba intrigado por la forma en que yo había llevado todo aquello.

—Por más días que pasen, te aseguro que no llegaré a entenderlo.

—Pura intuición.

—Tú sabías algo.

—Lo sospechaba.

—No me lo harás creer, aunque pasen cien años.

—Te digo la verdad, pero tú no quieres creerme. No puedo hacer nada más, piensa lo que quieras.

—Secreto profesional.

No había forma, y sabía que no llegaría a convencerle por mucho que me lo propusiera, o sea que dejé automáticamente de proponérmelo. Había tenido un presentimiento. Algunos datos y jugué mis cartas, eso fue todo. La suerte resultó decisiva. Y no es que me considere un hombre afortunado, no tengo más que mirarme la pierna para convencerme de que no lo soy. Pero en esta ocasión lo fui. Fue una hermosa compensación.

—Ya salen —me dijo Bruce—, ¿cómo crees que andarán de

moral?

—No muy bien, pero lo superarán.

—El año próximo se acabaron los Tigres.

—No, mi querido amigo, el año que viene seguirán jugando los Tigres y seguro que serán campeones.

—¿Pero y el dinero?

—Eso ya está solucionado, se hará cargo una gestora. No podíamos permitir una cosa así, ¿no te parece?

—Tienes razón, como casi siempre.

—Tampoco es eso.

—Bueno, empieza el partido.

—¡Cállate!

Era un partido rápido, jugado de poder a poder, las canastas se sucedían en uno y otro aro. Nicol empezó muy mal, estaba muy descentrado, tanto es así que el *manager* tuvo que sentarlo en el banco durante algunos minutos para serenarlo.

—Ese ya no volverá a ser el mismo —me dijo Bruce.

—Ya verás cómo sí.

—Esta vez no estoy de acuerdo contigo.

—¿Te juegas algo?

—Lo que quieras.

—¿Unas cervezas?

—Vale.

Los Tigres iban cediendo terreno a sus rivales. Primero dos, luego cuatro, hasta llegar a catorce puntos de diferencia. Ryan, solicitó tiempo muerto.

—Lo tenía que haber pedido antes —dijo Bruce.

—Yo creo que antes no podía.

—¿Y se puede saber por qué, sabelotodo?

—Nicol aún no estaba preparado.

—¿Quieres decir que lo va a sacar de nuevo?

—Claro, en la media parte quiero beber cerveza.

No le gustó mi indirecta. Pero yo sabía que no las tenía todas consigo.

—Ahora lo veremos, gran mago.

—Abre bien los ojos.

Se reanudó el encuentro. Al principio Nicol estuvo vacilante en las dos primeras pelotas que tocó, pero en un contraataque tras

robar el balón consiguió una canasta, su primera canasta. Yo sabía lo que eso significaba, no en balde había sido jugador.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Solo ha sido una jugada.

—¿Y esta qué? —había sido otra, parecida a la anterior.

Nicol parecía tener alas en aquellos momentos, y con su empuje las daba también a todo el conjunto. Pensé que estaba jugando por Tim, y me alegré. Consiguieron reducir distancias y terminar la primera parte empatados.

—¿Qué me dices ahora?

—Voy a buscar las cervezas.

—Eso es derrotismo.

—No, eso es que me has derrotado.

En la segunda parte los Tigres lograron imponerse con la suficiente claridad. La sombra de Tim estuvo flotando por el campo durante todo el encuentro. Cuando este terminó, una salva de aplausos eran también para él, estaba seguro.

—¿Has notado algo en el ambiente? —pregunté a Bruce.

—Sí, ha sido un recuerdo a Tim.

También se había dado cuenta, era un buen muchacho, un poco impulsivo, ¿pero acaso no lo había sido yo a su edad?

Fui al vestuario a saludar a Nicol.

—Estuviste estupendo.

—Gracias, Mike; no sé cómo podré pagarte todo lo que has hecho por mí.

—Jugando buenos partidos.

—Eso está hecho.

—El año que viene a por el campeonato y sin excusas, si no queréis que os mate, pues si no, ¿quién va a creerme cuando lea mis pronósticos? Se me consideraba un cronista serio y respetable.

Se pusieron a reír.

Salí de allí, acompañé a Bruce a su casa, habíamos ido al partido con mi coche.

—Hasta mañana, muchacho.

—Gracias por traerme, Mike.

Aparqué el coche y subí hacia mi apartamento. Estaba acurrucada en la puerta como un pajarillo muerto de frío.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Te esperaba.

Estaba preciosa, y la verdad es que me alegraba de verla. Mi querida embustera Tina Curtis.

—Aquí estoy.

Abrí la puerta del apartamento.

—¿Quieres entrar? —le pregunté.

—Eso era lo que esperaba, aunque no sabía cuál iba a ser tu reacción.

—¿Hace mucho que me esperabas?

—Seis horas.

—¡No!

—Sí, creo que ya he purgado mi mala acción, ¿o debo hacerlo más?

—No sé, me lo pensaré.

Pero no lo hice y la tomé entre mis brazos.

—Mi querida embustera.

—Bésame muy fuerte y no me dejes nunca, Mike.

Nuestros labios se unieron. Aquella noche no salió de casa.

Yo tampoco.

F I N

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.
Impreso en España